



SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY

LA FIERA ACOSADA

LA FIERA ACOSADA

PETER DEBRY

LA FIERA ACOSADA

1.^a EDICIÓN
JULIO 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

1 — La brigada de los suicidas. 4 — Sirenas tropicales. 6 — Los cuatro ases. 8 — El castillo de los ahorcados. 10 — Peces de platino. 12 — Gangsters en Casablanca. 16 — Los buitres negros. 18 — En busca de una cabeza. 20 — La atómica en Hollywood. 24 — La bella del Bósforo. 26 — La isla Corazón. 28 — Los diablos del Artico. 32 — El pulpo humano. 34 — La pequeña tonquinesa. 36 — Piratería moderna. 38 — Un pistolero en el F. B. I. 40 Dama «Dinamita». 44 — Doctor Borgia 46 — Asesinatos en el Estadio. 52 — La muerte lenta. 54 — Plátillos volantes. 56 — Aviones sin rumbo. 64 — El vampiro de Brooklyn. 66 — Cadáveres ambulantes. 69 — Gongo Kong. 71 — Los tiburones del «Tritón». 73 — Balas perdidas. 77 — Tobillos de oro. 80 — Los muertos no mienten. 83 — Naipes siniestros. 89 — Ruta salvaje. 91 — La ley del machete. 93 — Calavera de plata. 95 — Horas trágicas. 97 — La dama de los Nenúfares.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición.

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2. Barcelona.



LA FIERA ACOSADA

POR

PETER DEBRY

PROLOGO

En el año 1930, en los Estados Unidos se presentaban numerosas ocasiones de vivir sin trabajar a individuos como Ray Moran.

Ray Moran era inteligente, y por esta razón no se arriesgaba en actos que pudieran suponer un trágico y rápido desenlace.

Era vagabundo por naturaleza, y en cualquier Estado hallaba satisfacción a sus dos aficiones favoritas: el juego y las carreras de automóviles.

Muy experto conductor, de nervios de acero, hubiera podido destacarse en cualquier «cuadra» de corredores, si su temperamento se hubiese adaptado a un horario de entrenamiento y a una disciplina.

Pero Ray Moran amaba antes que todo la libertad de sus propios movimientos. Su recurso principal para vivir era el juego, porque poseía un férreo dominio de sus nervios, y apostaba con cautela, sin entusiasmarse nunca.

Era bien parecido, y de diversos Estados, hubo muchachas que intentaron convencerle de las ventajas del matrimonio, pero Ray Moran siguió su camino sin rumbo fijo, yendo de ciudad en ciudad, allá donde pudiera presenciar una buena carrera de coches, y tomar parte en cualquier partida de póker, en los abundantes garitos clandestinos.

Era conocido entre los propietarios de casinos de juego del Norte, organizados en red, y que se comunicaban entre sí, las garantías que podían presentar los visitantes. Ray Moran tenía un pase especial, expedido y firmado por el «Rey del Juego» Johnny Arbuckle.

Era un jugador metódico, que animaba cualquier partida. No acudía a ninguna trampa, valiéndose solo de sus conocimientos de la psicología del

adversario.

En septiembre de 1930, Ray Moran estaba en Indianápolis, porque iba a tener lugar una de las más importantes carreras de bólidos. Conocía personalmente a varios de los corredores, y uno de ellos, accedía a llevar a su lado a Ray Moran en los entrenamientos, cediéndole a veces el volante para dar unas vueltas por el difícil circuito.

Y como siempre, el profesional se extrañaba de que Ray Moran no quisiera inscribirse en algún equipo, asegurándole que diversas marcas nuevas que empezaban a ser conocidas, pagarían bien a un corredor tan sereno y dominante como Ray Moran.

Pero Ray Moran alegaba que todavía era muy joven para atarse a ninguna obligación.

Y mientras tomaba ceñidamente los virajes, embolando en el preciso momento, y superando el propio récord del legítimo conductor del bólido, cuatro hombres se ocupaban de Ray Moran.

Eran cuatro hombres instalados en rededor de una mesa de juego. Llevaban largas viseras verdes y sus rostros no se veían. Manipulaban los naipes diestramente, y mientras barajaban, conversaban.

—Todo está a punto.

—Pero falla el volante.

—No es mal conductor Linders.

—En un negocio vulgar, bien, pero en este asunto de Gray, el del volante necesitará unos nervios infalibles.

—Tengo el tipo —dijo uno de los cuatro.

Pero ya se habían repartido las cartas. Empujaron fichas, pidieron cartas, pujaron, envidaron, y apenas mostró su jugada el ganador, se reanudó la conversación.

—Tengo el tipo —repitió, el mismo que lo había anunciado.

—¿Es de fiar?

—Ray Moran.

—Del «oficio» no es, pero como volante es un as. Sí el patrón acepta, veremos a ver si Ray Moran se presta. Sondéalo tú mismo, Harding.

Terminada la carrera, Ray Moran cenó, y poco después entraba en uno de los edificios, donde estaba instalado un salón de juego, cuyo propietario pagaba cuota mensual al alcalde y al jefe de policía.

Le saludaron como a un viejo amigo, al visar su pase expedido por el propio Johnny Arbuckle, «Rey del Juego» en 1930.

Se disponía a dirigirse a la sala de póker, cuando le dio alcance un camarero.

—Me han dicho que es usted Ray Moran, señor.

—No te han engañado, Jim.

—Me llamo William, señor. Ha telefoneado el señor Harding, que dice desea verle. Le espera en el «33».

—¿Te dijo para qué?

—Supongo que será para una partida fuerte, señor.

Ray Moran abandonó aquel garito, para dirigirse al «33». Suponía que las carreras habrían atraído a provincianos, y Harding le llamaba para engrosar la partida, porque su modo de jugar daba confianza, y permitía deslizarse a un tahúr de la casa, con el que, las apuestas que Ray Moran cruzaba y ganaban al cincuenta por cien, evitando así que los provincianos desconfiasen de un exceso de suerte del tahúr.

En el «33», Harding aguardaba tras la misma puerta, avisado ya por teléfono.

Al aparecer Moran se dieron las manos. Harding cordialmente falso, y Moran indiferente. Ambos se miraban, con la clásica ojeada de estudio.

—¿Cómo sabías que estaba en la ciudad, Harding?

—Las carreras. ¿Quieres venir un momento al despacho?

—Has progresado. Ya tienes despacho.

—No es mío, pero me lo presta el dueño para las conversaciones privadas.

Creyendo que sería un preliminar «plan de batalla», para desplumar incautos, Ray Moran penetró en el despacho. Harding acudió a la licorera, y escanció vermut legítimo italiano.

Bebiendo a lentos sorbos, vino a sentarse sobre la mesa. Apuntó con el índice al que estaba sentado.

—Puedo darte la ocasión de ganarte un buen montón de billetes grandes, Ray.

Tras la biblioteca giratoria, cuyos estantes solo contenían lomos de encuadernación, un hombre escuchaba atentamente.

Otro, miraba por entre dos rimeros de supuestos libros. Observaba los rasgos faciales del guapo Ray Moran...

Que en aquel instante, como réplica, sacudía negativamente la cabeza, diciendo:

—Que cada cual viva como quiera y lo mejor que pueda, Harding, es mi lema, y lo sabes. Pero un buen montón de billetes grandes no se gana hoy, tal como están las casas, sin apretar un gatillo. Y yo con armas no quiero saber nada, porque el que empuña una culata, se olvida que también las pistolas tienen un cañón, que algún día le cazaré. Soy joven, Harding, y hace poco cumplí los veintitrés. Quiero cumplir los cuarenta, cuando menos.

Harding rió con campechanía zorruna. Era flaco y anguloso, pero su sastre le dotaba de abultadas hombreras, y recios forros delanteros de americana, que además de proporcionarle un tórax atlético, le iban muy bien para enfundar tirantes, proyectiles y pistolas.

—Tú manejarías un volante nada más, Ray.

Ray Moran sonrió amablemente, casi divertido.

—Y detrás del cacharro que yo condujera, treinta motos y quince coches de la policía, con mugido de sirenas y petardeo de pistolas legales.

—¿Y qué te hace suponer que se trata de algún atraco?

—Verás. Si fuera cuestión de juego, no sería necesario un volante. Y para el contrabando, ya tenéis vuestros camiones con chofer especializado.

—No eres tonto, Ray.

—Hombre, desde mis diecisiete años vivo bastante bien, y no trabajo. Tómallo como listeza, aunque a veces sudo más que un picapedrero.

Harding expuso el argumento principal:

—Ganarías por cuatro horas de coche... ¡cincuenta mil!

Parpadeó Ray Moran. En 1930, cincuenta mil dólares era un fortunón. Silbó entre dientes... Imaginaba tener en el bolsillo cincuenta mil, y se veía yendo a comprar su coche, que haría fabricar a su gusto, y después...

Se atajó a sí mismo, diciendo:

—Escucha, Harding... La oferta es de las que atontan, pero los golpes mejor planeados fallan, y...

—No hay fallo. No llevo yo este asunto, donde sólo soy uno como tú. Gano el doble, te lo digo claramente, porque si hay que apretar el gatillo, me toca hacerlo. El que ha madurado el asunto, es... importante. Sin él, no habría golpe, ya que por sus relaciones es posible el asunto. Hay dos probabilidades sobre cien, de que falle. No hay prisa, Ray... El golpe no se dará hasta dentro de unas noches... Tómallo con tu habitual calma, y me contestas cuando quieras. Lo único que pasa es que yo saqué la cara por ti, es decir, afirmé que tú no te vas del pico.

—Y dijiste bien. ¿Cincuenta mil y no tengo que disparar?

—Cincuenta mil por solo llevar un volante durante unas cuatro horas, Ray.

—A ello. Si no es hoy, sería mañana... Más vale empezar bien, y poderme retirar con un solo golpe. ¿Quién paga? Porque si yo soy de fiar, también me gustaría saber que es de fiar el que paga.

Harding rió, queriendo ser jovial, y resultaba siniestro:

—Esta parte es la mejor, Ray. Tú llevarás el volante, yo estaré a tu lado, y atrás dos compañeros... ¡y nosotros cuatro llevaremos el alijo! Nada de billetes que pueden numerarse, sino deliciosas monedas de oro, dólares de curso normal en transacciones de importancia.

—Interesante, Harding. Bien, cuenta conmigo. Y ahora, me gustaría echar una partidita.

—Así me gusta, Ray. Pensé en ti, porque se necesitaba un conductor con sangre de pez.

—¿No decías que no habría tiros ni persecución?

—No habrá... pero por si las moscas, ¿comprendes? Te llamaré cuando llegue el momento. ¿Dónde te alojas?

—Donde tú quieras.

—Mejor. Mira, aquí mismo, chico.

Dos días después, a las siete de la tarde, Ray Moran estaba dando cartas en una partida de poco tanteo, porque jugaba con Harding y dos amigos de

éste.

No le extrañó ver entrar en el despacho, a cuatro individuos más. En mangas de camisa, con las tiras de goma en los bíceps... pero con las largas viseras verdes ya puestas, invisible el rostro.

Se sentaron a la misma mesa, y uno de ellos barrió con gesto amplio las fichas, despejando el tablero; y colocando encima una hoja de papel, de medio metro por lado, apuntó en ella con una mano muy bien cuidada, fina...

Habló, y su voz era áspera, que arañaba el oído...

—Fijaos bien vosotros siete. Lo que está dibujado con tinta roja es el departamento de oficinas. Los trazos azules son las carreteras y los trazos negros las puertas y ventanas de oficinas. Ahora, os diré lo que significan las cruces marcadas con tinta verde.

Como a los otros tres que con él habían venido, no se le veía el rostro oculto por la larga visera inclinada, a partir de las cejas.

El cabello desaparecía bajo la gorra de cuadros, hundida...

—Primero, hay entre nosotros un novato, buen conductor. Me refiero a ti, Moran. ¿Tienes un reloj de confianza?

Ray Moran, que llevaba los antebrazos arremangados, avanzó el izquierdo, mostrando el reloj pulsera: Dijo:

—«International Watch», áncora suiza, quince rubíes. De lo mejor. Se lo gané a un tipo, que apostó equivocado en una carrera en Idaho.

—Marca las siete y cuatro... Hazme el favor de colocarlo igual que el mío... Marca... siete y seis, con... ¡treinta, treinta y uno, treinta y dos...!

—Exacto, jefe —sonrió Ray Moran.

—Los demás ya van con mi cuerda. —Y la voz áspera tenía ahora un deje burlón—. Expondré el asunto a grandes rasgos, para que lo comprendas, Moran. No hace falta citar nombres de nadie. Este que ves a mí lado — y el pulgar señaló a la izquierda— llevará el «hormiguero», porque he arreglado las cosas de modo que sustituya al conductor.

«Hormiguero» era llamado en Indiana, el extraño camión que se destinaba a pintar la gran raya blanca, que dividía en dos las magníficas carreteras del estado.

El radiador se prolongaba como la trompa de un oso hormiguero, y sostenía unos cepillos especiales que destilaban la franja blanca, repintada con frecuencia periódica.

—El «hormiguero» pinta hoy la carretera de Indianápolis a Perú, y a esta ciudad llega a las ocho y treinta, más o menos. El chofer y sus dos ayudantes, los que cuidan, de las bombas de pinturas, cenan en una cantina, y después siguen hasta Gary.

El índice del único que hablaba, se posó en el recuadro pintado de rojo. Explicó:

—Las oficinas de «Aceros Illinois-Carnegie» en Gary. También suministran la pintura al «hormiguero» y lo reparan. El «hormiguero»

conducido por éste—y señaló al de su izquierda—entrará tranquilamente, y ya están dentro los tres primeros. Saben dónde tienen que ir, para encontrar los tres bolsines. Unos bolsines de cuero especial, conteniendo cada uno, dólares en oro. Bueno... Ellos saben a la hora exacta, que deben funcionar. Hay dentro, uno que les ayudará. Ahora, fijaos bien vosotros cuatro, y en especial, tú, Harding, y tú, Moran.

El índice apuntó ahora una cruz marcada con tinta verde.

—Esta es la tercera ventana de la fachada posterior, que da a la carretera... ésta, número siete, que conduce a Chicago. Por esta carretera, llegarás a la ventana tercera de la fachada posterior, a las diez en punto, Moran. Conduce de modo, que a las diez en punto exactamente tu coche esté bajo esta ventana. Los de atrás, recogeréis los tres bolsines, que os tirarán desde la ventana, después de haber limado ellos los barrotes, y quitado los aparatos de alarma. Y ya con los bolsines cargados, a marcha normal hacia Chicago, salvo que os persiguieran, en cuyo caso, Harding te dirá lo que debes hacer, Moran. Todo está planeado, de modo que el fallo es difícil. Tendría que presentarse un inesperado incidente. ¿Está claro, Moran?

—Perfectamente. ¿Qué tal el coche?

—«Buick», treinta y cuatro caballos.

—Magnífico. Hay pocos mejores. Le puedo sacar sin forzar, las sesenta millas.

—¿Alguna pregunta?

Nadie la hizo, pero Ray Moran alzó una mano. Dijo:

—No soy técnico, pero no acabo de entender una cosa.

—Para eso estoy aquí, Moran —repuso el de la voz áspera.

—Si el «hormiguero» puede entrar, y dentro hay quien ayuda, ¿por qué no sacar los tres bolsines en el mismo «hormiguero»?

—Bien preguntado. Es que... el «hormiguero» termina su servicio a las nueve y treinta de la noche. Volver a salir, y a su lenta marcha, es imposible. El de la puerta no le daría paso.

—Entendido.

El que había hablado, recogió el plano y concluyó:

—Harding conoce bien la topografía de la fábrica. Él te indicará todo, Moran. Bien, suerte, muchachos, y hasta mañana, en el sitio que sabes, Harding.

Se levantó, yéndose con los otros, tres. Ray Moran volvió a barajar, diciendo:

—Un «Buick», treinta y cuatro, lo llevo yo con gusto. Me agradecería revisar el motor, y demás, Harding.

—A eso vamos.

En un garaje de las afueras, mientras Moran, con deleite, revisaba pieza por pieza del torpedo «Buick», los otros tres compañeros de viaje, revisaban sus respectivas pistolas.

A las nueve menos cinco minutos, Ray Moran desembragaba, abandonando el garaje. Y poco después remontaba a cincuenta millas por hora, la carretera hacia Perú y Gary.

Había oído hablar de la ciudad de Gary como uno de los centros más importantes en la producción de acero, que había nacido con vertiginosa rapidez, al encontrarse abundante mineral un poco al norte.

Se reunieron tres ventajas en Gary. Mineral a norte, carbón y cal en el mismo estado de Indiana, y los Grandes Lagos al lado, con un transporte barato.

Fue proverbial la rapidez con que se construyó la ciudad de Gary. Cuando se encontró el mineral, el pequeño poblado junto a los Grandes Lagos, creció como una seta de verano en un prado. Las casas se edificaban tan deprisa, que familias enteras de mineros, se instalaban veinticuatro horas después de colocada la primera piedra de su futuro hogar.

No era chiste, la anécdota del minero que regresando a su casa, por la noche, después de una larga jornada de labor, tropezase en su camino con una casa o un hangar que no estaba allí por la mañana, cuando se dirigía hacia el trabajo.

—Las diez menos diez, Ray —comentó Harding.

Estaba sentado junto a Moran, que en el recuadro bajo el volante, mostró con la izquierda el plano de rutas.

—O sea, que las diez en punto nos tocarán bajo la ventana. Tan pronto lluevan los bolsines, debo acelerar ¿o qué, Harding?

—Has de cargar también los tres del «hormiguero». No podrían salir por la puerta normalmente.

—Entendido.

A las diez en punto, el «Buick» hacía crujir la grava arenosa de la carretera que flanqueaba la fachada posterior de las grandes edificaciones «Illinois-Carnegie».

Los otros tres ocupantes del coche, mostraban la tensión de sus espíritus, en la postura acechante...

La tercera ventana distaba del suelo cinco metros. Aparecieron en ella tres escalas de cáñamo con delgados peldaños de madera. Acababan de clavar en el reborde los garfios tres hombres, los cuales simultáneamente, llevando a hombros un pesado saco, empezaron a descender.

La carretera era transitada pero en aquel momento, media milla atrás, el paso a nivel bajaba sus cierres para cortar la carretera al paso del rápido oriental.

Manteniendo en marcha el motor, Ray Moran estimó que los minutos no eran siempre iguales en contenido. Tal vez tardaron cuatro minutos los tres asaltantes en descender los peldaños flexibles, y con el saco a hombros abalanzarse hacia el coche...

Cerraba ya el último la portezuela, instalados con sus sacos atrás, cuando Harding gritó:

—¡Dale, Moran!

Ray Moran embolsó, como sacudido por el latigazo del estridente pitido que súbitamente coronó una de las altas edificaciones de la fundición.

En el interior, frente a dos hombres maniatados y amordazados, un cajero telefoneaba presuroso al departamento de vigilancia, que a su vez comunicaba con los puestos de carreteras.

El «Buick» enfilaba el viraje de encrucijada, donde se unían cuatro carreteras.

—¡La doce, Moran! ¡Saca más marcha!

El cuenta-millas marcaba las sesenta. Los cinco de atrás, habían adoptado ya la clásica postura expectante contra una posible persecución.

Tres arrodillados en el amplio asiento posterior, mirando hacia atrás, por la estrecha rendija. Los otros dos, uno a cada lado, de perfil, y dándose la espalda.

Delante, Harding gruñó:

—¿Qué pasó, Terence?

El que estaba sentado tras de él, de lado, mirando a la cuneta, replicó:

—No sé. Todo fue bien. Entramos tranquilamente, nos metimos en el sitio donde habían recontado los tres bolsos de pago, y no hubo la menor alarma. Todo tal como mandó el patrón. A lo mejor, alguien nos vio bajar...

—Hubieran disparado. ¡Maldición...!

La imprecación de Harding la suscitó el ver atravesando la carretera, dos motos policiales, cuyos conductores alzaban los brazos. Distaban un centenar de metros.

—¡Han dado aviso a los puestos! ¡Embala, Moran!

Ray Moran aceleró en forma especial. Cuando distaba veinte metros, frenó, como yendo a obedecer la orden de detención, y de pronto, empujó a fondo el pedal de velocidad, describiendo a la vez un doble giro...

Rozó un motorista, derribó la otra moto con un guardabarros, y su doble sacudida de volante, digna de un campeón, lanzó en zigzag al «Buick» a un lado y otro de la carretera, como si hubiera perdido el mando...

Los dos motoristas, pasada la primera impresión, corrieron hacia sus máquinas, mientras de las cunetas surgían, disparando, varios policías.

—¡Dale Moran! —aulló, febrilmente, Harding.

—No hay cuidado. Esta «paca» la hemos salvado.

—¿«Paca»? —gruñó Harding inconscientemente.

—Los haces, de pienso que colocan junto a los virajes peligrosos. Y era peligroso pasar los dos motoristas...

—En vez de embestir, ¿por qué te ladeaste?...

—Atropellar dos motos, pudiera estropear mi transmisión delantera.

—¡Vienen atrás, Harding! —gritó uno de los arrodillados en el asiento trasero—. ¡Dos coches y varias motos!

—Calma, calma... Tenemos los guardabarros posteriores blindados, ¿verdad, Moran?

—Seguro.

—¡Terence está «tocado»! —dijo otro.

El aludido se reclinaba contra el borde, como durmiendo. En su sien derecha manaba sangre...

—Mala suerte —dijo Harding, que vuelto en el respaldo acababa de tocar bajo la americana el costado izquierdo—. Un balazo casual... Debió asomarse... ¡Dale más, Moran!

Las sirenas de las motos conducidas al máximo, formaban una estela constante. Crepitaron contra el blindaje posterior, ráfagas de balas...

—¡No tiréis sin visualidad! —ordenó Harding.

Disparaban ya los tres de atrás, y uno gritó:

—¡Fuera un motorista, y ha derrapado, derribando a otro...!

Ray Moran, al volante, conducía con todos sus sentidos puestos en la ruta. De vez en cuando, un foco a lo lejos iba agrandándose, cerrando por fin, al aproximarse...

Y en el viraje hacia Carlyle, la recta enfilaba por más de dos millas un espacio claro, de praderas a los lados...

—¡Cuidado! —aulló Harding.

A una milla, dos motoristas acababan de colocar de través sus máquinas, ahorquillándolas. Detrás de la barrera de seis motos, había dos coches, y eran visibles los rifles surgiendo de cada lado, tras de los coches.

Corrieron los motoristas a agazaparse también tras la barrera metálica. Surgieron llamaradas... Harding disparó... En el parabrisas, vio Moran una línea repicar...

Dio un brusco golpe al volante, y abandonó la carretera, penetrando en el prado. Conducía ya maquinalmente, en impulsiva maniobra de reflejos instintivos.

Oyó gemir, imprecар, y el resoplido de cuerpos alcanzados por el tiroteo nutrido... Siguió acelerando, hasta volver después de los traqueteos a la carretera, pero en el segundo viraje, otra docena de policías, recién llegados, abría fuego...

Internó de nuevo el coche por un lado sintiendo contra su cara un líquido pegajoso que caía... Contra su hombro, estaba apoyado, rígido. Harding, con los ojos vidriosos, sin vida...

Ray Moran daba bruscos golpes de volante, saltando por los baches del terreno, hacia los lagos.

A cada lado se cerraba el cerco de motocicletas, y de pronto, Ray Moran se extrañó del total silencio... Miró por el espejo retrovisor... En posturas grotescas, en confusa mezcla, cinco cuerpos se amontonaban, cubiertos de sangre, destrozados a balazos...

Empujó Moran con el codo y Harding se desplomó de lado sobre el reborde... A los anteriores resoplidos, maldiciones y apremiantes

movimientos, sucedía ahora una calma absoluta, en la que solo oía su respiración... La única...

Y los focos de varios coches, iban siluetando su camino, penetrando ya en la orilla del Michigan.

Crispadas las manos, rió con salvaje frenesí Ray Moran. Estaba conduciendo un coche en el que habían muerto o estaban muriéndose seis pistoleros.

Llevaba tres sacos con monedas de oro, y no sabía a quién entregarlo. Y los coches y motocicletas iban cerrando el cerco...

Pareció embestir hacia un costado de la linde roquiza. Penetró por un desfiladero, solo transitado por carros. Frenó y saltó abajo, para ir palpando con ademanes nerviosos, costados izquierdos... Uno solo de los seis corazones latía débilmente...

Gritó Moran:

—¿Adónde debo llevar la carga?

El preguntado osciló la cabeza, abrió los labios, y una bocanada de sangre brotó en chorro escalofriante...

Miró Moran su reloj. Marcaba las once y dos minutos. Lejano, formaba un horizonte ladrador, un cerco de sirenas policiales...

Apartó varios cuerpos, con energía nerviosa, hasta que hizo caer fuera del coche los tres pesados sacos... Contempló en rededor, y se decidió...

A las once y doce minutos, volvía a empuñar el volante, y el «Buick» arrancaba hacia atrás, volviendo a surgir en la extensa franja de arena.

Condujo a la máxima velocidad... Al fondo, se agrandaban unos focos, y Ray Moran torció el volante con inesperada violencia... Atrás, aumentaba en sonoridad el vibrar de varios motores...

El «Buick» penetró como una flecha en el agua helada... hundiéndose lentamente.

Ray Moran nadó entre dos aguas, sintiendo sus pulmones a punto de estallar. Emergió cuando ya no podía mantenerse por más tiempo sumergido.

Unas salpicaduras en la tersa superficie, le indicaron que desde la orilla disparaban.

Volvió a sumergirse. Nunca había experimentado aquella sensación de ser una fiera acosada, cazada a tiros por doquier...

Nadaba con vigor, hasta que sus manos tocaron, una superficie dura, a la que se asió, remontando al exterior. Se encaramó en el peñasco, y empezó a correr en la noche, sangrando por narices y boca, debido a la larga inmersión.

Habíase despojado de la chaqueta en el agua, porque estorbaba sus movimientos. Llevaba la ropa rasgada, sangre embadurnando su camisa y corbata...

Se agazapó entre árboles, mirando las luces de una cercana ciudad. Debía ir allá, debía buscarse ropa...

Siguió andando, oyendo constantemente el rumor de las sirenas de las motos y coches que iban recorriendo las orillas. Al saltar a un sendero, cayó en pie tras, un hombre que dormitaba: un vagabundo...

Pasó corriendo, mientras el vagabundo, removiéndose al oír aquel rumor de pasos, se incorporaba. Poco después, Ray Moran reaparecía de nuevo a espaldas del vagabundo, y saltando sobre él, le propinaba varios puñetazos certeros.

Vistió el mono azul y la camisa de cuadros del vagabundo desvanecido, limpiándose el rostro y las manos en el agua de un charco. Empezó de nuevo el camino hacia el poblado, cuya pancarta indicadora decía: «Laporte».

Dirigióse rectamente hacia el edificio coronado por la mención: «Correos y Telégrafo».

En el bolsillo tenía quince dólares. Poco después se sentaba en un compartimiento, destinado a escritorio, en el que había sobres, papel y una máquina automática que introduciendo monedas de diez centavos, despachaba sellos fraccionarios.

En la dependencia no había más que un adormilado conserje, y tras la única ventanilla abierta, varios empleados leían la Prensa...

Ray Moran empezó a escribir:

«Te extrañará esta carta. Somos cuñados en cierto modo, pero nunca me apreciaste. No fue mi culpa si tu hermana y yo nos enamoramos, y por lo que sea, me atrajo más el volver a mí vida errante. Tú eres un hombre honorable, y yo un granuja, según me dijiste. Debí casarme con tu hermana, pero la quise... y tal vez la quiero. No es cinismo, si en estos momentos muy difíciles para mí, te confieso que no me quise casar, precisamente porque la quiero. En fin... Creo que la policía va a cogerme de un momento a otro. He consultado un mapa de carreteras, y aquí te incluyo un pedazo del mapa. He marcado con una cruz el desfiladero, donde entre pedruscos he sepultado tres bolsines conteniendo dólares en oro. No quise ver a mi hijo... Ahora iré a la cárcel, y no me llevarán a la silla, porque puedo demostrar que yo solo conduje, que no disparé. Escucha... Que tu hermana y mi hijo vivan bien, y si yo al cumplir mi hijo los veintinueve, no he asomado o me he muerto, él hereda. Eres honorable, y cumplirás. Si entregas el dinero a la policía, cuando salga yo, te mataré. Si no cumples lo que te pido, lo mismo te digo. Pero eres honorable, y tu hermana me quiere. Nada más. No tardarán en dar conmigo.

«Ray Moran»

Escribió una dirección en el sobre, pasó la lengua por el engomado, y llevó la carta franqueada, al buzón de recogida.

Salíó del edificio, encendiendo un cigarrillo, y se encaminó hacia un

bar, al otro extremo del poblado. Cruzó el umbral, y en aquel momento le tocaron en el hombro.

Se volvió, y dos individuos de paisano, le miraron la ropa. Uno mostró una pistola:

—¡Caíste, tú! Sin rechistar. Tiende las manos o te incrusto un balazo.

Ray Moran tendió las manos, en las que el otro colocó unas esposas.

—Fuiste tú el que quitaste la ropa a un vagabundo. Y salías del agua... Tú llevabas el coche. Te explicarás ante el comisario.

Un comisario interrogó a las tres de la madrugada al esposado Ray Moran, que fue diciendo con monótona entonación:

—Harding, en el «33», me propuso conducir un «Buick» treinta y cuatro. Me juró que no habría tiros. Cargaron tres sacos, y empezó el jaleo. Yo conduje lo mejor que supe, pero me falló el volante y caí al agua. Yo no disparé un solo tiro.

—¿Quién planeó el golpe?

Relató Moran con exactitud la entrevista con el de la voz áspera, detalle que no citó.

—Entonces, ¿pretendes hacerme creer que no conoces a tu patrón?

—Yo no tuve más patrón que Harding. El llevaba el mando. Pueden pegarme mil palizas, pero no puedo inventar.

—¿Los tres sacos, dónde están?

—Los cargaron atrás, y Harding gritó varias veces que los descargaran donde sabían. En mí no tenían plena confianza. Harding era el que debía decirme dónde ir. Murió... y ya no sabía yo dónde ir...

Ray Moran conoció la molestia de un foco constante clavado en su rostro, la sed, el ansia de fumar un cigarrillo, la constante repetición de preguntas por voces a sus espaldas, que se turnaban relevándose.

Agotado, repitió siempre lo mismo. Quedó insensible a golpes, promesas y amenazas. Por fin, al tercer día de interrogatorios, habiendo dormido lapsos de dos horas, firmó una declaración.

El caso se llamó: «Dos millones trescientos mil», porque era el contenido de los tres sacos que no se encontraron y que eran destinados a pagar la descarga de material de cuatro barcos mercantes, que traían maquinaria para la fundición de Gary.

La causa se siguió contra Ray Moran único superviviente de la banda de siete, que asaltó el «hormiguero», redujo a la impotencia a los dos contadores de la fundición, limó los barrotes de una ventana, y realizó el más audaz atraco de aquella época de atracos.

Se estimó que era jefe de la banda, Harding. Varios policías declararon que el conductor no disparaba, y un motorista, acuciado por el abogado defensor, reconoció ser cierto que Ray Moran, efectuó hábiles maniobras para no atropellarle así como a su compañero.

Persistió Ray Moran en decir que no pudo darse cuenta de cuándo eran arrojados fuera los tres sacos, ya que toda su atención estaba puesta en el

volante.

El abogado defensor supo sacar partido de la carencia de antecedentes penales de su defendido, alegando que Harding engañó a Moran.

Pero el fiscal tenía también una fácil elocuencia. Tan culpable era el conductor como los que dispararon, causando la muerte de tres agentes de la ley, e hiriendo a otros cuatro...

El jurado deliberó por espacio de dos horas. Y en pie todos, el juez leyó la sentencia...

Ray Moran parpadeó. Esperaba diez años de condena a lo sumo y el juez pronunció una cifra que rebasaba los cálculos mentales de Ray Moran.

En grandes titulares, la Prensa anunció que el pistolero Ray Moran, único superviviente de la banda de Harding, se había salvado de la silla eléctrica, gracias a la maestría de su defensor. Y consideraban casi una vergüenza, que solo purgase con treinta años de cárcel...

Dos días después, en la penitenciaría de Marión, del estado de Indiana, en el locutorio especial, el abogado defensor saludaba a Ray Moran, vestido ya con el uniforme gris de presidiario.

—No te apures, muchacho, que recurriremos al Supremo. Mira el escrito que he preparado. Lee, hombre.

El celador paseaba con rítmica precisión a espaldas de Ray Moran, que leyó:

«Escaparás si me dices dónde escondiste los tres sacos, Moran. El que planeó el asunto, planeará tu huida».

Era un papel mecanografiado adherido en la parte alta de una solicitud de recurso. Ray Moran devolvió la hoja.

—Cuanto dije es la verdad.

El abogado guiñó, insistiendo:

—No vas a pasarte treinta años en cárcel, si te portas como yo te indico, Moran.

—Hay indultos, hay reducciones de condena. Y si supiera dónde están los tres malditos sacos, ¿cree usted que iba yo a pasarme treinta años entre rejas?

Por más que insistió el abogado, Ray Moran se mantuvo en su mentira. En el transcurso de los primeros años, varias ofertas de huida le fueron hechas a Ray Moran, que se negó.

No iba él a entregarse, al que con la visera sobre el rostro, y sin haber expuesto nada, mandó a la muerte a seis hombres, y ahora buscaba los dos millones trescientos mil dólares en monedas de oro.

Los años fueron transcurriendo lentamente. Los celadores y el alcaide de la penitenciaría de Marión, elogiaban el comportamiento ejemplar del recluso Ray Moran, proponiéndole para reducciones de pena.

Era bibliotecario al sexto año de su ingreso. Nadie le escribía. Nadie le visitaba. Y solo el nuevo alcaide que entró doce años después de haber ingresado Ray Moran, sabía que había una cláusula secreta en el expediente

de Ray Moran.

La cláusula decía:

«El recluso ignorará a los efectos de su comportamiento, que no se beneficiará nunca de indultos ni reducciones, debiendo cumplir enteros los treinta años de su condena».

Cuando Ray Moran había cumplido los cuarenta y un años de edad, y había rechazado diversas ofertas de fuga, empezó a inquietarse...

Llevaba dieciocho años de condena, pensando en dos millones trescientos mil dólares... y todavía no se le había comunicado la menor reducción de años.

Y su hijo, el desconocido hijo que llevaba distinto apellido, tenía ya veinte años. Un año más, y el honorable caballero que había recibido la carta de un hombre acosado, entregaría la fortuna a un joven desconocido.

Ray Moran empezó a perder la serenidad. Ya no recibía ofertas de fuga, y por sí solo, era imposible huir de la penitenciaría de Marion.

Había ingresado en septiembre de 1930, y el año 1949, Ray Moran seguía cavilando en el medio de escapar... Sn desconocido hijo había ya cumplido los veintiuno, y no dudaba Moran que el hermano de la mujer, la única mujer a quién quiso de veras, cumpliría...

Habría un millonario de veintiún años, disfrutando riquezas y comodidades, mientras Ray Moran se consumía bajo el uniforme gris de presidiario.

CAPÍTULO PRIMERO

El programa repartido a los espectadores en la sala de deportes de Indianápolis, especificaba en el último apartado:

«A la distancia de quince asaltos, pesos medios:

SAMMY HUNTER, 78 kg. 200 g,
campeón del Estado de Illinois,
contra

DAN BARLEY, 77 kg. 100 g.
aspirante al campeonato del Estado de Indiana».

En las primeras filas, las blancas pecheras de smokings, alternaban con elegantísimos vestidos de noche.

En las galerías altas, entre el cuarto y quinto combate, un espectador quiso saber:

—¿Por qué esta noche hay tanta «crema»? Parece como si se hubieran dado cita aquí, los millonarios.

Su vecino le informó:

—Boxea Dan Barley.

—Bien, ¿y qué?

—Un rico heredero. Multimillonario. Tiene apenas veintidós años, y tiene más dinero que el mismo Ray «Sugar» Robinson. Boxea por afición, y sabe un rato.

—¡Hombre, no hay derecho! Supongo que regalará la bolsa a alguna institución benéfica.

—¡Que te crees tú eso! Se la merienda. Dicen que es más agarrado que una barandilla. Dicen que su tío, desde que era chaval le fue metiendo en el seso la idea de que ahorrando, se hacían las grandes fortunas, y Dan Barley ha salido aprovechado...

Cuando Dan Barley subió al ring, brotaron aplausos comedidos de las primeras filas de ring. De las galerías descendió un huracán de silbidos de protesta.

Dan Barley sonrió mirando hacia las localidades baratas. Una sonrisa fría, despreciativa, que le valió mayores silbidos, mientras manos en alto, saludaba.

En su rincón, despojado del batín, mostró una constitución de boxeador nato. Músculo largo, poco visible, pero que en movimientos resaltaba tendinoso y rápido.

El cabello castaño, los ojos azules, la nariz un poco achatada, daban a su enérgico rostro una viril hermosura. «El boxeador multimillonario», «El Apolo del ring», le llamaba la Prensa.

En el otro rincón, Sammy Hunter, mientras le colocaban los guantes, murmuró:

—A este relamido me gustaría matarlo a golpes. Es un cerdo, que no da ni medio dólar a una vieja paralítica y hambrienta.

—Cuidado, Sammy —apremió su entrenador—. Si le ganas, tienes asegurados tres combates aquí, la bolsa grande. Pero recuerda que no valen indignaciones. Dan Barley es profundamente antipático, pero boxea un rato largo. Ya te lo he dicho más de cien veces... No le ganarás a Dan Barley, si quieres estropearle la cara. El único punto algo débil de Barley, es el hígado. Lo cubre bien...

El árbitro llamó a los dos contendientes. Sammy Hunter tocó el guante diestro de Barley con el mismo desdén que era ofrecido.

Hechas las advertencias preliminares, cada púgil fue a su rincón. En las filas de ring, las sonrisas femeninas enfocaban a Dan Barley, el atleta magnífico, el guapo elegante, el multimillonario sin novia oficial.

Sonó el «gong», y Sammy Hunter adoptó su guardia característica. De lado, encorvados los hombros, abiertos los guantes a ambos lados de su cara, merecía su apodo de «Tanque».

Encajaba lo indecible, y pegaba recio. En rededor suyo, fue girando Dan Barley con largos directos destinados a encontrar brecha...

Un *uppercut* atinado de Hunter, provocó en las galerías aullidos de entusiasmo y placer:

—¡Duro, Sammy! ¡Mátalo!

—¡Ya es tuyo el dandy, Sam!

—¡No le hagas mucho daño, Hunter!

Terminó el primer asalto de estudio, arrinconado contra una esquina Dan Barley, zafándose del cuerpo a cuerpo, que rehuía.

Dándole masaje en el estómago, aconsejó el segundo:

—Va bien, Sammy. No te dejes llevar por los de la galería. Boxea y conserva, que el fuelle de Barley, falla un poco a partir de los ocho asaltos. Recuerda que él buscará noquearte, antes...

En su rincón, Dan Barley escupió el sorbo de limonada. Dijo:

—Sin lecciones, tú. Estás de adorno aquí. Ya me las entiendo yo.

El segundo y tercer round, no señaló ventaja ninguna para los dos contrincantes.

En el cuarto round, Sammy Hunter tenía un ojo hinchado, y Dan Barley dedicaba sus directos al mismo sitio, aumentando la tumefacción, pero por dos veces se había ladeado, alcanzado certeramente por un zurdazo en

pleno hígado.

En el quinto round, consiguió Barley abrir la guardia de Hunter, y asestó dos potentes directos. Hunter se encogió, y un gancho le levantó por la mandíbula.

Cayó «tocado», pero cuando el árbitro contaba «siete», el «gong» salvó la situación.

En su rincón, aspiró Hunter el frasco de sales, y gruñó:

—¡Se acabó! Me tiene ya harto este tipo. Me da igual que me noquee, pero ¡se acabó! Voy a por su cara...

—¡El hígado, Sammy, el hígado!

—Lo tengo ya frito mi hígado. ¡Mecachis el demonio! Hasta hoy no me he pegado con nadie que me inspirase tantos deseos de matarle. Este tipo mira como si fuera uno la mitad de un gusano...

Dan Barley en su esquina, aspiraba y expulsaba aire con tranquilidad. Daba la impresión de un maestro seguro de sí mismo.

Sonó el «gong» y las galerías corearon con entusiasmo el ímpetu arrollador con que salía de su neón Sammy Hunter, mientras el entrenador de éste, angustiado, se secaba el sudor con la toalla...

Sammy Hunter estaba perdido. Atacaba en tromba sin cubrirse, con vehementes deseos de riña callejera.

Dan Barley, con fría técnica, contraatacaba, bailando en rededor del que con feroz indignación atacaba incesantemente.

El rostro de Sammy Hunter estaba ya cubierto de sangre, y por dos veces se tambaleó, pero seguía dando la cara, avanzando, buscando a su esquivo enemigo.

La sala entera callaba, porque ya no era un combate de boxeo, sino el afán de un hombre, Sammy Hunter, por dar hasta su última gota de sangre con tal de poder conectar sus puños en el rostro varonilmente hermoso y despreciativo del frío y sereno Dan Barley.

Y de pronto, en el cuerpo a cuerpo furioso, Sammy Hunter fue martilleando... La cara de Dan Barley acusó el primer zurdazo en la boca. Se tambaleaba, y las galerías patearon con entusiasmo...

Sammy Hunter cubría con su propia sangre el cuello y pecho de Dan Barley, que no podía acudir al «clinch», porque los brazos de Sammy Hunter se movían como un émbolo.

Dan Barley fue bajando la guardia, semivelados los ojos. Sammy Hunter siguió martilleando con salvaje serie el rostro y los flancos de su adversario, y tuvo el árbitro que separarle casi a la fuerza, porque derrumbado sobre las cuerdas, Dan Barley conocía el primer «K. O.» de su existencia de pugilista.

El árbitro contó inclinándose hacia el que yacía de bruces a un lado sobre las cuerdas, rodillas en tierra...

—... ¡Siete!... ¡Ocho!... ¡Nueve! ¡Fuera de combate!

Entre el clamor de las galerías, y de bastantes espectadores de ring, Dan

Barley, inconsciente, fue llevado a su rincón.

Habitualmente, Sammy Hunter ayudaba a sus rivales, pero esta vez, fue a su rincón, tambaleándose por el esfuerzo final, sin ocuparse ya más del que era sometido a cuidados urgentes.

Mientras su segundo, alborozado, le limpiaba el rostro, y otro le quitaba los guantes, echándole toalla y batín encima, dijo Hunter:

—¡Y volveré a romperle la cara si vuelve a presentarse la ocasión, aquí y en la calle!

—En la calle, no —rió, contento, el entrenador.

Recuperado, Dan Barley fue tocándose las orejas hinchadas, las cejas partidas, la boca dolorida. Veía a su adversario dar vueltas por el ring brazos en alto, recogiendo las ovaciones.



Empezaba Dan Barley a afeitarse, cuando los dos policías saltaron...

—Dale la mano, Sammy.

—Ya le di las dos en la cara. ¡Que le dé la mano la presidenta de los Cien Millonarios!

—Sammy...

Pero ya no era necesario que insistiera el árbitro. Dan Barley saltaba las cuerdas, y a paso rápido iba a los vestuarios.

A la mañana siguiente, en su casa de las afueras, Dan Barley se miraba al espejo. El coloidal, la carne cruda y los cuidados de un masajista experto, habían aminorado los estragos de los puños de Sammy Hunter.

Lo que más molestaba a Dan Barley, en su historial de invicto por fuera de combate, era que en el bar de la planta baja de su domicilio, estaban ahora sus tres amigos habituales, los que fingirían apenarse por su derrota.

Warren Smith, el famoso hombre de negocios, Harry Tucker, el afamado abogado y Brian Marlowe, el afortunado bolsista.

En la sala bar, Smith agitaba una coctelera cuando entró Dan Barley, el cual alzó la diestra, saludando:

—Buenos días, y doy por oídas vuestras lamentaciones.

—Te cazó por un golpe de suerte, Dan —expresó Tucker.

—Me dio la gran paliza, esta es la verdad. Me duele reconocerlo, pero en el desquite procuraré quedar mejor. ¿Qué? ¿Os carcajasteis mucho a solas, comentando mi derrota?

—Eres injusto, Dan —protestó, sinceramente, Marlowe—. Crees que todo el mundo te tiene rencor.

—Ayer noche tuvisteis una prueba. Me silbaban, y el mismo Sammy Hunter, pudo apartarse, porque me tenía ya *groggy*. Sin embargo, me mantuvo en pie, a golpes de gancho, para ver de destrozarme el físico. Si no llega a intervenir el árbitro.

—Lo que sucede, Dan, es que la gente pobre te tiene ojeriza.

—Si son pobres, de ellos es la culpa, no mía.

Brian Marlowe miró al trasluz su «cocktail» antes de decir:

—Blasonas de corazón de piedra, Dan, pero te creí más justo, más imparcial.

—¿Por qué?

—Dices que los pobres lo son, porque tienen la culpa. No eres tú juez en esto, ya que desde que naciste, tu tío te protegió, y después, a tus veintiún años, heredaste un fortunón. Te lo han dado todo servido en bandeja de oro.

—Aunque hubiera nacido pobre, sin protección de mi tío Frederick, y sin herencia... yo habría hecho fortuna igualmente, porque sólo los cobardes son pobres.

—Bah, bah... —rebatía Harry Tucker, el abogado—. Estás hablando sin base, Dan. Yo soy abogado solicitado, porque estudié, y cada día, paso dos horas estudiando. Marlowe, tiene fortuna en la Bolsa, porque durante once años, fue ayudante de un bolsista, y Smith, prospera en sus negocios

porque entiende en pinturas, antigüedades, y en decoración y mobiliario de lujo. Tú en cambio, Dan, aparte boxear y conducir maravillosamente ¿qué eres, sino un buen atleta y un afortunado heredero?

Dan Barley sacó el vaso de zumo de tomate, de debajo de la exprimidora eléctrica. Replicó con cierta dureza:

—Siempre he pensado que si yo con un solo traje, y los bolsillos vacíos, me encontrase en cualquier rincón del mundo, sin ser el millonario Dan Barley, haría una fortuna antes de seis meses.

—También yo he pensado que de haber nacido el año 1600, sería Presidente de los Estados —rió Harry Tucker.

—¡Es que yo lo puedo demostrar! Yo puedo asegurar que el hombre cabal que es pobre, lo es por falta de audacia e inteligencia.

—Bah, bah... —rebatí el abogado, sonriendo—. Hablemos de otra cosa.

Dan Barley miró a sus tres amigos. Había una extraña luz en sus ojos azules. Dijo:

—¿Cuánto perdiste al «póker» hace tres noches Tucker?

—Mil doscientos. ¿A qué viene...?

—¿En las carreras del sábado, cuánto ganaste, Smith?

—No ignoras que perdí dos mil, ya que jugaba contra el piloto que tú me recomendaste, y debí fiarme de tus conocimientos técnicos.

—Tú nunca juegas, Marlowe.

—Es que por profesión estoy en la catedral del juego. Por eso no quiero «póker» ni carreras ni apuestas.

—Dependerá de la apuesta —comentó Barley—. Aquí hay un abogado, y él puede arreglar legalmente una apuesta que os puede interesar. Así por encima, sin hacer cálculos, ¿voy equivocado, Smith si supongo que entre los tres tenéis aproximadamente la fortuna que yo tengo?

—Estás algo raro, Dan —rió Smith, cuarenta años juveniles.

—Quizá esté cansado de ser considerado un mequetrefe heredero, amparado por la tutela de mi tío Frederick. Yo calculo que esta mi casa, con todo su contenido, mis tres coches, y mis saldos bancarios, deben arrojar un activo de tres millones. Hablemos ahora de valentías y pondré en firme mi imparcialidad de juicio. ¡Yo os apuesto mi fortuna entera contra las vuestras reunidas, a que solo con un traje puesto, y sin acudir a nadie, me hago rico antes de seis meses!

—Bah, bah... Ayer, algún puñetazo de Hunter debió cambiar de sitio algún tornillo en tu cabeza, Dan.

Warren Smith, el hombre de negocios, dijo:

—Perderías, Dan Barley. Te jactas de conocer a la Humanidad, pero si bien tus veintitrés años son muy aprovechados, ¿qué conoces tú de lo difícil que es hacer fortuna en la jungla civilizada?

—El movimiento se demuestra andando. Tengo la cabeza muy en su sitio, abogado Tucker. Yo os apuesto mi entera fortuna a que antes de seis

meses he hecho fortuna, por mis propios medios.

—Casi, casi parece razonar como un hombre normal — ironizó Brian Marlowe, tomando por testigos a los otros dos—. ¿Qué tontería es ésta, Dan?

—No es tontería. Me juzgan duro, avaro, incapaz de sentimientos, pero es que yo estimo que aquel que pide favores o limosna, se lo merece. Salvo casos de enfermedad o muy mala suerte, un hombre cabal, con su audacia e inteligencia, se hace rico.

—Te apuesto diez mil, para darte gusto al capricho— rió Smith.

—¡O todo o nada! Y os doy una ventaja. Vuestras tres fortunas limpias, sin contar vuestras casas y su contenido, contra todo lo mío.

—Escucha, Dan, si estuviera con vida tu madre...

—La perdí muy pronto, y desde entonces, aparte mi tío Frederick, no he conocido una sola persona que me pareciera sincera, y digna de afecto.

—Gracias —dijo, secamente, el abogado Tucker. —Casi me gustaría cogerte la palabra, y atarte a un contrato bien especificado. A veces, tienes arrogancias desplazadas, Dan. Esta misma lo es.

—Lo es porque no aceptáis... Reconocéis, por lo tanto, que es pobre aquel que es cobarde o tonto.

Warren Smith murmuró:

—No me importaría arriesgar cien mil.

—Ni yo —sonrió el bolsista Marlowe.

—O todo o nada. ¡No voy a pasar incomodidades, sin fruto. Tengo tres millones y no me disgustaría añadir dos más. Entre vosotros tres, bien sumáis dos millones líquidos, que pueden congelarse en cualquier Banco así como los míos.

—Este muchacho la ha tomado fuerte — rió Tucker, pero muy nerviosamente—. Vamos a dejarlo porque me tientas, Dan.

—Voy a dar un paseo. Comeremos juntos. Y pensad en la gran ocasión: yo, con un traje viejo, y diez dólares en los bolsillos, sin acudir a Bancos, créditos ni trampas, en el Estado que escojáis, por mí propio esfuerzo, antes de seis meses, habré ganado pongamos, cincuenta mil dólares. Y no me valdré del boxeo profesional ni de conducir profesionalmente coches de carreras. Hasta luego.

Los tres amigos se sirvieron cada uno, otro «cocktail». Se oyó decrecer el motor del coche en que iba a dar un paseo Dan Barley.

Silbó suavemente Harry Tucker, el abogado.

—En seis meses, y por sus propios medios, es incapaz Barley de ganar no ya cincuenta mil, sino diez mil. No tiene experiencia comercial, ni profesión lucrativa. Eliminando una boda con rica heredera, créditos, préstamos por bajo mano, controlando sus actos, paso a paso, al término de los seis meses... ¡Dan Barley perdería sus tres millones!

—¿Se te contagió la locura? —intentó bromear Marlowe. Pero su voz sonaba a falso.

—Dan es mayor de edad y tiene la libre disposición de sus bienes. Y yo digo como Harry... que si la apuesta está bien legalizada...

Una hora después regresaba Dan Barley. Le acogieron en la *sala-bar* con risas nerviosas los otros tres.

—Harry ha estado escribiendo un borrador de contrato, algo serio, Dan. Seguramente al leerlo, comprenderás que es mejor que olvides esta tontería.

—A ver lo que has escrito, Harry —pidió Barley.

—Te leeré, porque la letra mía en borrador es confusa. Bien, te resumiré lo que podría contener nuestra apuesta. Todos tus bienes, de los que dispones libremente, contra dos millones que aportamos nosotros tres, si en el plazo de seis meses, a partir de la fecha que quieras, y poniéndote en camino con diez dólares y un traje viejo, en el estado que elijas, no has ganado limpiamente cincuenta mil. No podrás recurrir a créditos, préstamos secretos, boda con rica heredera, ni nada que no sea un trabajo o negocio, excluyendo boxeo profesional y conducir coche de carreras. Habría un control al término de los seis meses, y si hubieses ganado los cincuenta mil, debería comprobarse dólar por dólar, cómo los ganaste. Se haría una información adecuada por detectives particulares. Naturalmente — y rió convulsivamente Tucker — en el caso de robo, asesinato y otras menudencias, perderías. El espíritu de la letra de este contrato quiere plasmar tu afirmación, de que un hombre audaz y listo, puede ganar por sí mismo, cincuenta mil en seis meses, gastos pagados, es decir, comes, bebes y te alojas, pero a los seis meses presentas cincuenta mil ganados honradamente... entendiendo por ello, que si sabes burlar el Código Penal, también vale cualquier negocio que emprendas... con diez dólares y un traje viejo.

Dan Barley vertió unas gotas de limón en el vaso que contenía un vino tónico. Contempló la expresiones aparentemente burlonas de sus tres amigos.

—Pasa en limpio el contrato, Harry Tucker. Lo firmaré esta misma noche, aquí, y después de cenar, antes de ponerme en camino hacia el estado que elijáis. No me importa. Pero añade dos cláusulas...

Bebió un sorbo, siendo escuchado ávidamente al proseguir:

—La primera, mía, que en caso de muerte, queda invalidado el contrato y hereda mis bienes, como es natural, mi tío. La segunda, que si uno de vosotros atentara hacerme fracasar por medios indirectos... y yo lo descubriera, perdería su parte. ¿De acuerdo?

Harry Tucker asintió gravemente. Lo que había empezado siendo una discusión trivial, iba haciéndose solemne pacto.

Brian Marlowe apuntó:

—Cuando tu tío se entere, te hará desistir.

—Soy mayor de edad, y además, con no decírselo... Pretextaré un viaje por Sudamérica, de una duración de seis meses, aproximadamente.

A la noche, los cuatro se reunían en rededor de una mesa del comedor de la casa de Dan Barley. La servidumbre había sido despedida con seis meses de paga, y obligación de regresar a la casa, transcurrido dicho plazo.

Con pausada entonación, fue leyendo Harry Tucker:

«En Indianápolis, a dos de abril de mil novecientos cincuenta y uno...»

Cuando terminó la extensa lectura, tendió su pluma a Dan Barley, diciendo:

—Si firmas, llamaré por teléfono al notario que dará fe de este documento irrevocable y de ejecución al plazo de seis meses a contar de esta noche, Dan. Aun estás a tiempo...

Dan Barley firmó igual que los otros tres. Reinó un largo silencio, cuando Tucker hubo telefoneado al notario.

Por fin, indicó, Barley:

—Dentro de seis meses, tendré dos millones más. ¿A qué estado me habéis destinado?

—Da igual —contestó tenuemente Warren Smith. —Con diez dólares en el bolsillo, desde aquí, sin tus coches, puedes apenas llegar a Ohio, o a Illinois. Ten presente, Dan... que hemos empleado tres detectives particulares. Los mejores. Podrías haber escondido cincuenta mil dólares en algún sitio...

—El primero de nosotros que haga una trampa, bien claro lo dice el contrato, pierde todo. Va por mí... y va por vosotros.

Casi parecían enemigos entre sí, acechándose. Vino el notario, el cual leído el documento, tardó en hablar:

—Bien, señores. Es algo absurdo en doctrina, pero plenamente legal en la forma, si el fondo es excéntrico. Me obligo a conservar el secreto, y volverán a firmar bajo mi sello y rúbrica. Sacaré cuatro copias, selladas y rubricadas, para cada uno de ustedes, conservando el original en la caja privada de mi notaría. Pero antes, señor Barley, es mi deber advertirle que toma usted una responsabilidad difícil.

—Gracias, señor. Quedo advertido. ¿A qué hora la nueva firma?

—Si vienen conmigo, ahora mismo.

A las once de la noche, las despedidas entre Dan Barley y los otros tres firmantes del extraño pacto, tenían algo de forzado humorismo.

Vestía ya Barley un traje comprado en un almacén de ropas hechas, de segunda mano. Mostró los cinco billetes de dólar y otro de cinco.

—Tan pronto tenga los cincuenta mil, veremos quién tenía razón.

A solas, cogió el teléfono, y marcó un número. Le contestó una voz poco amablemente:

—... Frederick Walton al habla.

—Perdona, tío Frederick. No quise despedirme personalmente, atareado

en los preparativos de un largo viaje.

—¿Un viaje? ¿Dónde?

—Centro y Sudamérica, de caza. Unos cuatro o cinco meses.

—Al menos podías haber venido a cenar conmigo. Iré a despedirte al aeródromo.

—Ya no hay tiempo, tío Frederick. Ahora mismo me pongo en camino. Adiós y cuídate.

—Pero, ¡Dan!... ¿Qué manera es esta de despedirte?

—Perdóname. Hasta pronto.

Colgó Dan Barley. Cuando salía, seguía sonando con insistencia el timbre del teléfono.

Hacía fresco en la calle. Se alzó las solapas de la americana, y con las manos en los bolsillos del pantalón, empezó a caminar hacia la estación de los trenes ganaderos, silbando.

Se sentía otro, muy distinto, aquella noche del 2 de abril de 1951. Una hora después se tendía en el vagón repleto de paja, que le pareció la mejor de las camas. El guardián había ya revisado el billete de «pobre» que daba derecho al portador a viajar en aquel vagón de ganado, hasta Cincinnati, la gran ciudad de Ohio.

Al día siguiente, mientras el tren rodaba a su lenta marcha hacia la frontera de Ohio, Dan Barley aceptó los instrumentos de afeitar que el guardián le pasaba.

El tren se detuvo en una estación. La puerta se descorrió, y desde abajo, dos individuos miraron al interior. El guardián dijo:

—Pagó billete de «pobre».

Los dos policías subieron. Examinaron detalladamente al que se estaba afeitando y al guardián. Uno de los dos dijo:

—Remueve la paja—. Y su compañero, con una horquilla, fue recorriendo el vagón, pinchando a trechos.

Terminaba Dan Barley de afeitarse, cuando los dos policías saltaron abajo. Otros recorrían los demás vagones del largo convoy ganadero.

Desde abajo, advirtió uno de los policías:

—Si se presenta alguno intentando meterse aquí, déjale, y en la primera estación, mira el modo de telefonear al más cercano puesto de policía. Te ganarás cien dólares.

—¡Caray! ¡Ojalá suba pronto algún vagabundo!

—Pero ha de ser el que buscamos, amigo. El de la foto del periódico de la noche del día 30 de marzo.

—¿El de la foto del nocturno del 30 de marzo? ¿De Indianápolis?

—Sí. Ray Moran. Estás a tiempo de pedir un número en el quiosco de la estación. Y cuidado... porque Ray Moran es alguien.

Se fueron los dos policías. El guardián del vagón, exclamó:

—¡Caray! ¡Ray Moran!

—¿Quién es ese? —preguntó Dan Barley.

—¿No lo leíste? El tipo que quedó vivo de la banda de Harding, hace poco más de veinte años, allá por el 30.

—Yo tenía entonces dos años, abuelo.

—El caso es que después de haberse pasado veintiún años en el presidio de Marion, de pronto, y cuando le faltaban algunos por cumplir la condena total, Ray Moran va y se escapa. Hace ya cuatro días con sus noches que le anda buscando todo el F.B.I. en peso, por el Estado.

—A lo mejor, cuando yo tomé el tren, se pensó quizá que yo podía ser Ray Moran.

—Ni un momento, muchacho. Ray Moran debe tener los cuarenta y cuatro, y aspecto de fiera acosada.

Dan Barley miró por la abierta puerta, cómo el tren reemprendía su marcha, hacia Cincinnati, hacia la aventura...

II

En la ciudad fronteriza de Decatur, entre los Estados de Indiana y Ohio, había mucha actividad en el edificio donde estaba instalado el Departamento del F.B.I.

El comisario en jefe recibía constantes informes. Su ayudante iba marcando con alfileres provistos de pequeña banderita azul, trechos de la línea que en el mapa de la pared, representaba la frontera de todo el Estado de Indiana.

La tarde del 1 de abril, el comisario en jefe, después de escuchar pacientemente el discurso enérgico y reprobatorio de su superior en Indianápolis, colgó el teléfono.

Miró a su ayudante, y después al mapa.

—Bien. Tenemos la certeza de que Ray Moran no ha podido atravesar las fronteras, porque apenas huyó quedaron bien controladas. Se ha ido registrando metódicamente la comarca en rededor de la penitenciaría, y seguimos sin rastro de Ray Moran. Y al parecer yo tengo la culpa de que siga sin dar señales de vida Ray Moran. Tengo a todos mis agentes empleados en el trabajo, y Ray Moran invisible.

—Todos no, señor. El agente Bronson está con licencia.

—¡Hombre! Jack Bronson, un muchacho emprendedor. ¿Por qué no le llamó?

—Estaba convaleciente del balazo en la pierna, y además, señor, es joven a mi entender para seguir pista de un veterano presidiario que ha tenido veinte años para planear su fuga milímetro por milímetro.

—Y que desconfiará de todo aquel que huela a sabueso. En cambio, no desconfiaría de Jack Bronson. Mande un coche a recoger al agente Bronson.

Quince minutos después, Jack Bronson se presentaba al comisario, el cual al verle entrar, volvió a pensar que el ingenuo rostro y la esbelta gallardía de Jack Bronson, tenía la gran ventaja de darle aspecto de estudiante universitario... un poco despistado.

—Síntese, Bronson. Me doy cuenta de que la pierna le funciona ya perfectamente. No tengo tiempo de consultar su ficha, Bronson. ¿Qué edad

tiene usted?

—Veintidós años, señor.

—¡Magnífico! Y parece dieciocho. Sin embargo, usted llegará lejos, Bronson. Resulta que no sé por qué razón, la mayor parte de los agentes de policía son olidos desde millas, por los criminales. Usted en cambio podría jugar al tute con Al Capone redivivo, y éste lo tomaría por un mocito incauto. Y solo yo sé cuánto vale usted, Bronson. Si hay algún federal provisto del sentido de orientarse sin brújula en la niebla del Ártico, en busca de un sorbete de fresa y nata, usted es el que lo encontraría. Dígame, ¿está al corriente del asunto Ray Moran?

—Leo la Prensa, señor.

—¿Y qué deduce?

—Depende de lo que hayan encontrado en la penitenciaría, señor.

—Sí, claro... Complicidades y todo eso, ¿no? Ray Moran nunca recibió visitas ni cartas. Al principio de su condena, iba a verle su abogado defensor, pero en los últimos diez años, ninguna visita ni carta.

—Dice la Prensa, señor, que la huida de Ray Moran fue descubierta apenas media hora después de que saliera por el economato, donde tenía libre acceso. No podía haber ido muy lejos, salvo que un coche le esperase.

—No sabemos de ningún coche, Bronson. Mire... este es el resumen de cuantas investigaciones se han realizado. Ojéelo.

Mientras Jack Bronson leía el resumen, el comisario volvía a estudiar la amplia ficha del joven agente. Escuela primaria, universidad de técnica policial, hasta los dieciocho; estudios de criminología aplicada, en Viena, París y Londres, de los dieciocho a los veinte; ingreso en la Academia de Quántico a los veinte, y a los veintiuno, nombramiento efectivo de agente del F.B.I.

Todos los estudios sufragados por su tío, el hermano de su madre. Un multimillonario...

Jack Bronson devolvió el expediente y dijo:

—Al parecer, Ray Moran no ha salido de Indiana, señor.

—Es curioso, Bronson. Olvidemos por un instante a Ray Moran, y no tome a mal cierta pregunta indiscreta y molesta.

—Las preguntas nunca son molestas, si se evita uno la molestia de contestarlas, señor.

—Respuesta de universitario, Jack, muchacho... Alan Beresford es su tío, ¿verdad? ¿Hermano de su madre de usted, no?

—Sí, señor—. Y se sonrojó levemente Bronson, al añadir—: Comprendo... Le extraña que mi tío, siendo multimillonario, permita que su sobrino sea policía. El pasa una pensión mensual a mí madre. Yo no la necesito. Él me pagó los estudios, y me dio el medio de ganarme la vida, honradamente. La honradez de mi tío Alan ha sido siempre el espejo en que he querido verme. Tenía yo apenas un poco más del año, cuando mi tío, que trabajaba entonces como provisionista en Cincinnati, adquirió

mercancías consideradas averiadas e inútiles. Fue el principio de su fortuna. Las revendió a buen precio a Europa, y en varios viajes a Londres y Berlín, estableció sucursales.

—Las famosas industrias «Beresford», que van desde el enlatado de salchichas, hasta el tarrido de perfume francés. Podía usted haber encontrado un buen empleo en las industrias «Beresford».

—Desde pequeño, no sé si por las lecturas que me daba mi tío, o por tener vocación, me interesó la criminología.

—Y lo celebro... —Y tosió el comisario, preparándose a la pregunta difícil.

Se anticipó Jack Bronson con sonrisa, tranquila:

—¿Mi padre? Llevo el segundo apellido materno. Mi madre se llama Alicia Beresford Bronson, señor.

—Lo siento, muchacho. No interprete mal mi maldita curiosidad.

—¿Por qué ha de sentirlo, señor? Mi padre falleció en un viaje habiendo ya dado palabra de matrimonio. Eso es todo. No pudo pues legitimar mi apellido, y lo llevo con mucho orgullo, porque mi madre...

—Es la más bonita, honesta y gran señora que he conocido, Jack, y lo digo con el corazón en la mano. Y... es fiel a la memoria de su difunto, porque ha tenido magníficas ocasiones de casarse. Debe estar orgulloso de tener una madre que parece su hermana, Jack. Bueno... coja este expediente, y esta cartulina. Le doy en ella, plenas facultades para servirse de quien quiera, interrogar a quién lo juzgue necesario y viajar por todos los estados. Yo solo quiero una cosa, agente Bronson. Usted volverá aquí tan solo en el caso de que Ray Moran esté prisionero.

—Sí, señor.

—Haga lo que mejor guste, emplee sus métodos, y yo le prometo que si usted captura a Roy Moran, le pondré el primero en la lista de ascensos.

—Gracias, señor.

—Una advertencia: Ray Moran es inteligente, y llevaba veinte años de presidio. Nunca se encontraron los dos millones trescientos mil dólares en monedas de oro. Pudiera ser que Ray Moran sepa dónde están. Y lo muy cierto, es que dudo que Ray Moran se deje coger vivo.

—Lo intentaré, señor.

—Suerte, muchacho.

Quince minutos después, Jack Bronson entraba en el *salón-comedor* de la casa alquilada en Decatur.

Alicia Beresford Bronson tenía documentalmente cuarenta y dos años. En aspecto, no más de treinta. Era lozana su tez, esbelto su cuerpo, y juvenil su carácter.

Todo su amor estaba depositado en Jack Bronson, el cual solo tenía un ídolo: ella.

—Voy de viaje, madre.

—Me lo supuse a la que te vinieron a buscar, Jackie. ¿Lejos?

—Secreto de alto Estado Mayor —sonrió el agente—. Y por cierto, madre, no acabo de entender algo que está ocurriendo.

—¿Qué es?

—Soy del oficio, y por más que se disimulen y saben hacerlo, hay dos colegas vigilando esta casa.

Alicia Beresford sonrió, trémulos los labios:

—Manías de tío Alan. Desde Cincinatti pidió dos agentes para custodiar la casa.

—¿Y por qué?

—Me telefoneó, diciendo que durante tu servicio estoy sola, y que como hay un evadido de presidio por Indiana, podría... buscar refugio en cualquier casa, y tío Alan no quiere que sea ésta.

—Cosas del tío. A veces tiene manías, pero ésta no se la reprocho, porque indica que te quiere. Bueno. Con un par de mudas, y el cepillo de dientes en la cartera, tengo bastante.

Cuando Alicia Beresford entregó la cartera de viaje a su hijo, alisándole las solapas, preguntó:

—¿No... no te habrán encargado de seguir la pista de Ray Moran?

—Ya tiene bastantes agentes tras de sus huellas, madre.

—Me estás mintiendo, Jackie.

—¡Vaya! ¿En qué lo sospechas?

—Llevo veintidós años conociéndote, hijo, y...

De pronto la garganta femenina no pudo evitar un temblor de sollozo. Intrigado, Jack Bronson, abrazando a su madre, comentó:

—Siempre estuviste muy contenta de que yo me dedicara a la carrera policial. Nunca tuviste miedo, porque sabes que me sé valer.

—Es que dicen que Ray Moran es como una fiera acosada.

—Exageraciones. Bueno, madre, saca las perlas, y guárdalas en un estuche. Oye: el comisario me parece que está enamorado de ti. Sería un modo fácil de ascender, tener un padrastro comisario. Hasta pronto.

Jack Bronson besó en las mejillas a su madre, la cual, desde la puerta, le vio alejarse y desaparecer.

Jack Bronson pasó veinte horas, interrogando a sucesivos testigos, en diversas localidades: Marion, y pueblos cercanos a la famosa penitenciaría.

La tarde del 2 de abril, conducía el roadster «Pontiac» hacia el Sur. Conocía las aficiones de Ray Moran, y le faltaba por interrogar al último de la lista: el abogado defensor, que residía en Indianápolis.

Un tal Dudley Craig.

III

—Hola, señor Craig.

En el interior del coche, el abogado Craig, solapas alzadas, no replicó mientras subía Ray Moran, que se sentó al lado del que fue su defensor. ¡Subió el tercer ocupante del asiento posterior.

Delante, el que llevaba el volante pisó el acelerador, y a su lado, otro se volvió a medias sobre el respaldo.

El uniforme gris de presidiario no aminoraba la natural elegancia de Ray Moran, que pese a sus cuarenta y cuatro años, ostentaba un aspecto saludable.

—La cárcel tomada con filosofía, instruye y es sana, señor Craig. Bueno, ¿me quiere presentar a los amigos?

—No hace falta, Moran. Estoy muy viejo para apreciar las ironías. Te creí más inteligente. ¿Por qué has aguantado casi veintiún años en aceptar mi oferta?

—Porque pensé poder escaparme por mis propios medios. Queda bien claro que no soy ningún traidor al hombre de la visera, que es seguramente el que paga esta fuga bien preparada, y que debe ser alguien gordo, con influencias y pases por todas partes. Yo no podía llevar los sacos a ningún sitio, puesto que Harding y los otros, tuvieron la mala ocurrencia de morir sin decirme dónde debía yo ir.

—Y yo no tuve la mala ocurrencia de morirme, ¿verdad?

—Oiga, señor Craig, yo no soy aprensivo, pero estos dos muchachos que me miran, parecen amenazarme.

—Nada tienes que temer. Los cincuenta mil que te asignaron, han producido intereses en veintiún años. Creo que el patrón te dará el doble.

—Es poco. He aguantado veintiún años de cárcel, y por la fuga bien

planeada, pagaré la mitad, pero el resto es mío. ¡Un millón ciento cincuenta mil!

—Se lo dirás al patrón. Yo soy simplemente un intermediario.

—Yo advierto de antemano una cosa, señor Craig. Si estos muchachos me tocan un solo pelo, o una hebra del uniforme, perderemos todos el tiempo.

—No soy partidario ni lo es el patrón, de las violencias innecesarias. Vete desnudando, Moran. Cuando te vistas la ropa nueva, yo me llevaré tu uniforme, y seguirás en el coche con esos tres amigos. Comprende que sería muy posible que tuviera que explicar lo que he hecho entre siete y nueve de la noche de hoy.

—Muy lógico que un abogado se prepare su coartada.

El coche devoraba las millas a una velocidad reglamentaria, no excediendo en un hectómetro de las sesenta permitidas por ruta abierta.

Mientras se desnudaba, rió Moran:

—El cuentamillas marca hasta los ciento cincuenta. En mis tiempos, llegar a ochenta millas era pensar imposibles. Las americanas tenían más solapas y nos ceñían el talle; los pantalones eran anchos abajo. Va bien este calzado, señor Craig.

—Tenía tu ficha antropométrica —refunfuñó el abogado, que había ya colocado el uniforme presidiario, la muda vieja y los zapatos en una pequeña maleta, que asió con las manos enguantadas, desde un principio.

El coche se detuvo, y Dudley Craig anunció:

—Te llevarán a donde interesa, Moran.

Ajustándose la corbata a ciegas, Ray Moran replicó:

—Mejor que me dé la dirección, señor Craig. Recuerde que ya una vez en otro coche...

—¡Calla, tunante! —gruñó, el que estaba a su lado izquierdo—. Ciertos recuerdos traen mala suerte.

Dudley Craig se había ya apeado, y ahora quedó Ray Moran entre dos desconocidos. El del asiento delantero ocupaba el sitio abandonado recientemente por Craig.

El coche siguió devorando millas, sin que apenas el motor se oyera, ni trepidara el chasis. Ray Moran comentó:

—¿Qué marca es? Porque a obscuras y mientras a pie venía hacia el sitio donde esperabais, no estaba para fijarme en marcas.

—No te hagas el tonto, Moran. Ya nos ha advertido Craig, que eres de cuidado.

—También os habrá dicho que llevo más de veinte años sin ver un coche. Bueno, hijos, si os inspiro desconfianza, prefiero callarme. Pero me hubiera gustado charlar con gente normal, ya que allá dentro, en el lugar de donde vengo, son tan prisioneros los de uniforme gris, como los guardianes. Ya me avisaréis cuando lleguemos.

—Va para largo.

Ray Moran fingió dormir, y estaba entrenado en simular la respiración del hombre amodorrado. Trabajaba con actividad su cerebro. Era lógico que le habían facilitado una fuga, porque el «patrón» desconocido quería encontrar los tres bolsines con monedas de oro.

Un hombre al volante y otro a cada lado, con evidentes recelos. El coche rodaba por una carretera desconocida, hacia el Este. No seguía un camino normal.

Viraba por senderos secundarios, deshacía camino... Por fin, se detuvo en un sendero, y en su costado notó Ray Moran una presión:

—Baja, Moran.

Descendió, fingiendo despertarse. Bostezó mientras a sus espaldas, una pistola le empujaba hacia un camión parado. Blanco, con letreros de una conocida lechería, si bien recién pintados.

—Atrás, Moran.

Subió a la caja posterior, llena de jarras altas. El coche que le había llevado hasta allí, se alejó con solo el del volante. Los dos que le habían acompañado, se acomodaron entre jarras.

El camión arrancó, y Ray Moran pidió:

—Un cigarrillo, por favor.

Uno de los pistoleros le arrojó un paquete, mientras el otro, le apuntaba. Ray Moran pidió:

—Cerillas por favor. Oíd, muchachos, os estáis portando como novatos. ¿Cómo voy a escapar? El único medio que tengo seguro de no volver a la penitenciaría, es estar protegido por el «patrón». A solas, me cazarían enseguida, y ya, jugué una vez a ser fiera acosada. No os recomiendo el juego.

Recogió la caja de cerillas que le tiraba el otro pistolero, y las miró extrañado. Era un librito «Chesterfield»,

—En mis buenos tiempos... bueno, no os quiero aburrir —decretó, encendiendo el cigarrillo—. Supongo que necesitaré un par de años para acostumbrarme a la serie de maravillas nuevas. He leído que ahora las películas hablan, y que...

—¡Calla ya, Moran! Me pone nervioso oírte. Estás blanco como un muerto.

—Allá no tomamos baños de sol. Me duele que os moleste mi conversación.

Y reclinándose contra una jarra cerró los ojos Moran. El camión rodaba con bastante rapidez, pero las lonas echadas impedían ver hacia dónde iba.

Ray Moran calculó mentalmente. Podía derribar al más cercano, que era endeble, y manoseaba constantemente su automática. Un cabezazo en el estómago, la diestra en la muñeca armada, retorcer...

Sí, era capaz de ello. Entonces, el otro dispararía... Pero no a matar. Era indudable que Craig recomendó que no le matasen porque muerto no revelaría el secreto de los dos millones trescientos mil... Lo extraño era

que no le hubiesen atado las manos. Enseguida cambió de opinión, en el coche era peligroso. Podían ver a un hombre maniatado...

Por entre las pestañas vio al cabo de un rato, cómo los dos pistoleros cambiaban un signo de advertencia. El siguió respirando como el hombre dormido, colgante el apagado cigarrillo de la comisura de los labios.

Vio como el más cercano sacaba de un bolsillo un cerco de acero, doblado. Pensó que el progreso era enorme. Los pistoleros modernos tenían esposas iguales a las policíacas. Más finas que las que conocía.

Volvió a calcular. El que se acercaba pisando suave y apoyándose en la hilera de jarras, le colocaría un aro en la muñeca que dejaba colgar de una jarra a su lado.

Se inclinaría, y llevaba la pistola en el bolsillo derecho. El otro se aproximaba a dos pasos, apoyándose también, y encañonándole...

Cuando el primero se inclinaba, alzó violentamente la rodilla Ray Moran y a la vez, se levantó, para saltar hacia el otro... Fue tan repentino su elástico movimiento — veintidós años de dos horas diarias de gimnasia en la biblioteca—que el segundo pistolero solo pudo abrir la boca, disponiéndose a gritar.

En la garganta recibió el cabezazo, mientras le retorció la muñeca, y recibía un puñetazo en plena sien.

Saltó Moran hacia atrás, para dar un puntapié al que en el suelo, trataba de incorporarse, sin voz, dolorido bestialmente, en sufrimiento agudo...

Ray Moran recogió las dos pistolas, y rebuscó en los bolsillos hasta rellenarse los suyos. Después, con las esposas ató la muñeca izquierda de uno y la derecha de otro. Las dos otras manos las enlazó con uno de los cinturones.

Por fin, las corbatas sirvieron de ajustadas mordazas, y los zapatos, perdieron los cordones, para rodear los tobillos, juntos entre sí.

Ray Moran tiró una de las dos pistolas, después de comprobar que ambas era del mismo calibre. Empleó la funda sobaquera de uno de los dos inanimados pistoleros, y embolsilló los tres cargadores.

Se aproximó a la parte posterior, y calculó que saltando corría peligro de romperse algún hueso. La cinta asfaltada huía velozmente bajo las ruedas traseras.

Volvió hacia la parte delantera, acercándose a la mirilla. Y otro rostro miró... El del que estaba al lado del conductor...

Dilatados los ojos, el individuo debió gritar, pero la mica no permitió a Ray Moran oír... Corrió velozmente, porque en aquel mismo instante chirriaban los frenos.

Saltó abajo, corriendo a todo ímpetu hacia un lado de la carretera. El camión parado, dejaba ver ya a los otros dos pistoleros que corrían, pero Ray Moran estaba de suerte.

Una arboleda de manzanos, perales y limoneros, en extrema cultivación, le daban grato olor y protección en su carrera desenfrenada.

Desconocía aquellos parajes, pero mientras corría en la noche, dirigíase rectamente hacia un resplandor de luces de fondo.

Cuando hubo atravesado un puente, y dejado atrás ladridos de perros guardianes alborotados en varias granjas, encontró una carretera amplia, que cruzó.

Sudaba copiosamente, y se había ya aflojado el nudo de la corbata. En los bolsillos llevaba todo cuanto halló en los de los que le habían escoltado. Tal vez encontrase algo que le orientase sobre la personalidad del «patrón». Luego... Ahora buscar refugio...

Media hora después, llegaba a las primeras casas de una ciudad sobre las márgenes de un río. Leyó una pancarta: «LOGANSPOORT».

La ciudad minera del río Wabash. Se colocó el reloj pulsera de uno de los dos pistoleros. Él otro estaba roto, y lo tiró.

Marcaba las nueve menos cinco. En menos de dos horas, estaba libre de la penitenciaría, de Craig y del «patrón»...

Pero tenía atrás a toda la policía del Estado de Indiana. Entró en un bar, pidió una jarra de cerveza que bebió ansiosamente, y tanteó una cartera.

La abrió. Había un carnet de identidad a nombre de James Fenwick, pero la foto no servía. Pagó, dejando un dólar sobre la mesa, y al recoger el cambio, se dirigió a la cabina que decía: Teléfono.

Unos extraños aparatos, sin manivela. Cogió el listín, que hojeó hasta encontrar la palabra «Cincinnati», y leyó:

«Para conferencias con Cincinnati, pedir listín en la Central».

En la calle, vio pasar un coche amarillo: los famosos «taxis». Alzó la mano, y subiendo indicó:

—Central de Teléfonos.

El chofer gruñó.

—Forastero: podía parar a un guardia, y dejarme a mí seguir. Tiene usted la Central delante de las narices.

—Perdón —sonrió Moran.

En la Central pidió el listín de Cincinnati. Con el dedo fue recorriendo las columnas de renglones cuya inicial era «B», y se detuvo en el siguiente nombre: Alan Beresford.

Se repitió mentalmente la dirección y el número de teléfono. Cerró el listín, y abandonó la Central. Ya sabía lo que quería... Alan Beresford era un hombre honorable, que como no tenía nada que ocultar, seguía viviendo en su ciudad natal: Cincinnati.

La segunda cartera del otro pistolero era más aprovechable. La foto no muy clara, era pasable. La edad también: treinta y ocho.

Ray Moran acudió a un almacén nocturno, comprando ropas y dos maletas. Firmó las facturas presentadas, con el nombre del pistolero de treinta y ocho años con el cual firmó también el registro del mejor hotel de Logansport, dejando que el conserje tomara nota de los documentos exhibidos.

Y por vez primera desde hacía veintiún años, durmió en una cama, desde la que no veía barrotes de hierro.

IV

Dudley Craig se mordía constantemente el bigote... Llevaba dos días con sus noches sin dormir, temiendo a cada instante ver aparecer al «patrón».

En su despacho, la mañana del tercer día de la fuga, de Ray Moran, la secretaria dejó oír su voz por el dictáfono:

—La señorita Clara Barkington dice que usted le dio cita, señor.

—¡Sí!

Con más nerviosismo, Dudley Craig se mordió las guías del mostacho. Entraba una muchacha preciosa, distinguida, el rubio cabello medio aprisionado por un gorrito de pieles. Al cerrar la secretaria la puerta, ella avanzó sonriente, pero sus negros ojos no tenían amabilidad.

—Buenos días, Craig. Mi padrino está algo enfadado con usted.

—No debiste venir, Clara.

—Si usted no viene a casa de mi padrino...

—Dile a Johnny que mis chicos están buscando... Que tan pronto lo tengan de nuevo, yo iré a verle.

—Usted va a venir conmigo, Craig —dijo ella, dulcemente—. Abajo, en el coche, espera mi padrino. Se podría enfadar.

En el coche esperaba Johnny Arbuckle, el antiguo «Rey del Juego», que en 1951, era un negociante en orden con la Ley.

Media hora después, el cadáver de Dudley Craig era abandonado en un seto de la carretera, entre Indianápolis y Perú. Volvió Clara Barkington a coger el volante, mientras a su lado, Johnny Arbuckle resoplaba fatigosamente.

—A su edad, Dudley asustado, pudiera haberse ido del pico. El muy idiota había perdido facultades.

—Sí, padrino —sonrió Clara Barkington, conduciendo.

—El collar de perlas que viste en «Cartier», nena, si tú ingenias un medio para dar —con Ray Moran.

—¡Qué bien, padrino! Hay un medio fácil.

—¿Sí?

—Has empleado los cuatro chicos de Craig en buscar a Ray Moran, y yo tengo un sistema más sencillo. Tarde o temprano, llegará un policía preguntando por Dudley Craig. Dudley era un amigo mío, y yo lloraré mucho, ¿sabes, gatito? Y el policía buscará a Ray Moran pensando cosas raras. Yo procuraré pegarme al brazo del policía... ¿Comprendes?

* * *

El agente Jack Bronson tomó varias notas. El abogado Craig, dos días antes, por la mañana, abandonó su despacho por la puerta posterior, sin advertir que se iba. No había vuelto.

Consultó Bronson el carnet de visitas de aquella mañana. Se fue, y poco después llamaba a un teléfono, solicitando entrevistarse con urgencia con Clara Barkington.

Un piso confortable, lujoso, lleno de cachivaches caprichosos. Una muchacha distinguida, preciosa...

—Me llamo Jack Bronson, señorita Barkington, y tenía algo muy importante que comunicar al abogado Craig. Me han informado que él administraba sus bienes, y que usted le visitó la misma mañana en que se ausentó, sin anunciar su viaje.

Ella frunció los deliciosos labios en mohín de pena. Casi temió Jack Bronson que se echara a llorar... «Otra, ingenua», pensó.

—Me temo, señor Bronson, que algo malo le ha sucedido al abogado Craig. Desde que huyó de presidio Ray Moran... el abogado Craig estaba como asustado. Decía que Ray Moran podía achacarle su larga condena. Me temo...

—Por lo visto usted quiere mucho al señor Craig.

—Era como mi propio padre. Soy huérfana ¿sabe?

«Era»... Era como mi propio padre!... «Lo lógico hubiera sido, pensó Bronson, que ella dijese: Es como mi propio padre».

—Bien. No la importuno más, señorita Barkington. Si regresara el señor Craig, antes de fin de semana, ¿tendrá la bondad de telefonarme al hotel «Mirror»? Es urgente mi recado.

—Sin falta, señor Bronson.

Al irse Bronson, Clara Barkington llamó por teléfono a Johnny

Arbuckle citándole para las cuatro de la tarde.

A las cuatro de la tarde, explicaba Clara Barkington:

—No es un policía, gatito. Estoy por afirmarte que venía enviado por el propio Moran. ¿Quieres que engatuse al muchacho?

—En mi presencia. Si fuera policía, habría venido después de encontrar el cadáver de Craig, no antes. Tienes razón... Telefonea al hotel, y dale cita ahora mismo. Yo estaré en la sala del lado. Te diré lo que tienes que decir...

En los archivos del F.B.I. en Indianápolis, buscó Bronson en vano antecedentes de Clara Barkington, pero en la comisaría del distrito en que tenía ella su piso, le informaron de que Clara Barkington, ex corista, estaba «apadrinada» por el antiguo «Rey del Juego», Johnny Arbuckle.

Hizo otras averiguaciones, que le emplearon la tarde entera. A las ocho, cuando iba a cenar al hotel «Mirror», le anunciaron que por tres veces habían telefoneado, citándole a llamar al número que leyó, comprobando era el de Clara Barkington.

Los periódicos de la noche llevaban ya la noticia del hallazgo del cadáver del abogado Dudley Craig.

La niebla se hacía más densa en torno a la desaparición de Ray Moran y la muerte del abogado Craig con un tiro en la sien, hallado en un seto de la carretera de Indianápolis a Perú.

—¿Por qué le llamaba ahora Clara Barkington? ¿Qué relación pudo existir entre Ray Moran y Johnny Arbuckle? Jugador de póker, frecuentando garitos... ¿Por qué iba Ray Moran a matar a su abogado defensor? ¿Por qué Clara Barkington dijo «Era»... al referirse a Craig?

La noche de la fuga de Ray Moran, varios granjeros informaron de que sus perros ladraron al paso de un hombre corriendo en la comarca de Logansport.

En un hotel de Logansport, aquella misma noche de la fuga, se había inscrito un tal Ernie Sheaffers, con antecedentes penales, desapareciendo al día siguiente, abandonando maletas y ropas...

El verdadero Ernie Sheaffers estaba preso, y daba explicaciones confusas sobre el empleo de su tiempo la noche de la fuga de Ray Moran.

A las nueve de la noche, tras llamar por teléfono, Jack Bronson volvía a entrevistarse con una llorosa ingenua, desconsolada...

—Lo mató Moran, sin duda alguna, señor Bronson.

—No —replicó el agente, inscrito en el hotel como viajante de comercio, extremo comprobado ya por Johnny Arbuckle, que estaba escuchando.

—¿Quién podía... sino Moran...?

—Yo sé que Moran no pudo matar a Craig por la sencillísima razón de que Moran está lejos de aquí.

La inesperada declaración de Bronson, dejó sin habla a la entretenida ex corista.

—Moran se sirvió de la documentación de Ernie Sheaffers— anunció Bronson.

Una sacudida leve, hizo temblar los hombros de la oyente.

—Muerto Craig, el mensaje que me dio Moran ya no sirve —agregó él.

Sonó el teléfono encima de la mesita. Lo cogió rápidamente ella, porque la llamada era interior, y solo podía ser de Johnny Arbuckle.

En efecto, era la voz áspera, que arañaba el oído del ex «Rey del Juego», y ella escuchó, pegado el auricular:

—... Atiende, nena. Dile que Craig te confesó su creencia de que Moran tenía bien escondidos los dos millones. Dile que Craig, seguramente facilitó la fuga de Moran, porque Sheaffers era un empleado especial de Craig. Di que te está hablando una amiga tuya. Hazte la tonta.

Colgaba ya Arbuckle, y ella habló:

—... Bien, querida. Sin falta, sí, mañana a las diez. Adiós.

Fingió abismarse en meditaciones, y por fin susurró:

—No sé si confiarme en usted, señor Bronson. Al fin y al cabo, prácticamente somos desconocidos. Y ni siquiera sé a qué se dedica usted.

—Viajante de comercio de la firma «Sunset», géneros de punto de todas clases.

—Es que es muy delicado... traicionar las confidencias del pobre señor Craig. Resulta que me habló de Moran, y casi he llegado a pensar que Craig le facilitó la fuga, porque Ernie Sheaffers era como si dijéramos un agente especial al servicio de Craig. Usted, al decirme lo de Sheaffers, me ha ido dando ideas. Yo estoy segura de que hago bien en tener confianza en usted, Bronson, Jack Bronson.

—Plenamente, Clara.

—Entonces, ¿por qué no me dice el mensaje que le dio Moran?

—Me lo dio para Craig.

—¿Y si yo le dijese que Ray Moran se fugó gracias a Craig?

—Esto ya lo sabía —mintió el agente.

—¿Y si le digo que Craig trabajaba por mi cuenta?

—Usted tiene apenas veinte años.

—Veinticuatro.

—¿Y qué le va a usted en el asunto de Moran?

—Soy... soy la hija del hombre con quien Moran debe compartir los tres bolsines del atraco hecho en Gary el año 1930 —anunció ella, pomposa y dramáticamente.

—Moran no me ha hablado de usted, Clara. Solo aludió a Craig.

—Bien. Pregúntele a Moran, y ya sabe dónde estoy, Jack. Aquí le esperaré.

—Volveré. Hasta pronto.

Apenas hubo salido el agente, ella se precipitó en la sala donde estaba Johnny Arbuckle telefoneando:

—... los que sean precisos, mejor hembras, pero paso a paso, y con

relevos, habéis de seguir al que está saliendo ahora mismo de aquí. Al que ya habéis visto entrar. Vigíladle, pero cuidado, porque me parece listo, pese a su cara de ingenuo.

Colgó el teléfono y dijo:

—Muy bien, nena. Ahora él irá a verse de nuevo con Moran, y caerá Moran. Estuviste genial al inventar un papá... Lo cierto es que Moran no me conoce. Solo oyó mi voz, y puede realmente creer que eres la hija del «patrón»... Bueno, no importa. Los que seguirán a Jack Bronson, son de lo mejor.

—¿Por qué crees que Moran enviaba un mensaje a Craig?

—Habrá visto que no puede salir de Indiana, y querrá que le proporcionen otra escapatoria. Yo sé la daré... para el otro mundo, tan pronto Bronson nos lleve a donde se esconde, y le sonsaque yo el escondrijo.

* * *

Jack Bronson telefoneó desde el hotel a la centralilla en la que se recibían las noticias referentes al cerco en rededor de la comarca del río Wabash y Logansport.

No había más noticias del falso Ernie Sheaffers, que al igual que Ray Moran parecía haberse esfumado.

Indicó Bronson que se hicieran averiguaciones sobre la posible y estrecha relación entre Dudley Craig, Johnny Arbuckle y la fuga de Ray Moran.

Al día siguiente, por la mañana, emprendía en el «Pontiac» la ruta hacia Logansport.

V

Ray Moran descendió del autocar, cuando éste se detuvo en la ciudad de Elwood, a treinta millas de la penitenciaría de Marion.

Se encaminó rectamente hacia una calle, y en el número 12, subió las escaleras sucias de una casa de vecindad. Llamó en la puerta sexta de un largo pasadizo, tras la que se oía un pianoteo ágil.

Abrió un hombre encanecido, encorvado, y Ray Moran entró sin decir palabra. El otro cerró la puerta, alarmado.

Ray Moran se sentó en un sillón recubierto de sucia cretona.

—Afinando pianos ajenos y tocando melodías en el tuyo, no te harás rico, Anderson. Mientras recobras la respiración, te iré recordando lo que una vez me dijiste en la biblioteca de la prisión. Me aseguraste que cuando yo cumpliera la condena, en esta dirección tenías tú dos habitaciones, y vivías solo. Aquí estoy, Anderson.

—Pero es distinto, Ray, muy diferente — tembló el hombrecillo. Te has escapado. Te buscan y darán contigo.

—¿A treinta millas de Marion? Me buscarán por todas partes menos tan cerca. Hay algo que no ha cambiado... Tú como todos los demás, crees que yo tengo escondidos los dos millones y pico... y están en lo cierto. El oro no se pudre, aunque le llueva encima durante veintiún años. Si yo consigo tu ayuda, Anderson, partimos. Y eres ya perro viejo. Yo no te engaño, Anderson.

El hombrecillo se pasaba las finas manos por el rostro bañado en sudor.

—¿Te... han visto?

—Nadie me vio venir aquí. Vine en autocar con documentación ajena, que ahora me sobra. Tu ayuda es sencilla, Anderson. Darme refugio aquí un par de semanas, en las que me crecerá el bigote. Un tinte para el pelo, y mientras, meditaremos el medio para llegar a Cincinnati. Es en Cincinnati donde tengo el botín, Anderson. Te daré la mitad, y te largas a Europa.

Conciertos en Londres, París... Ricos manjares, hoteles de primera... y cuantas mujeres quieras, finas, espirituales... seducidas por el millonario americano. Siempre dijiste que el dinero abre todas las puertas y tapa todas las bocas.

—Así de pronto, estoy asustado, Ray.

—Se te pasará. Unas dos semanas aquí dentro, y me cambiaré. Eres buen dibujante. Saca partido de mi perfil, piensa en variarlo, con depilatorio de cejas, añadidos postizos, lo que se te ocurra. Debo ir a Cincinnati.

El hombrecillo suspiró. Evocaba grandes salas de concierto, hoteles de ensueño, playas europeas, mujeres coquetas, con fragancia parisina...

—Aquí, yo mismo hago la limpieza y me cocino, Ray. Pero, ¿y si les da a los de la bofia, por visitar a todos los licenciados de Indiana, que estuvieron contigo en Marion?

—Mala suerte. Siempre podrías decir que te amenacé con esto — y Ray Moran, abriendo su chaqueta, mostró la funda pistolera—si te encontrasen conmigo. Y si estabas fuera, con decir que era la primera vez que me veías. Fío en ti, Anderson, porque tienes ya sesenta años, y pocos te quedan para gozar la vida, ya que estuviste más tiempo en presidio que por las calles. Ir a la policía, te valdría entusiastas felicitaciones y morir de miseria. Yo te ofrezco más de un millón... ¡oro!... que bien vendido, valdrá hoy el triple, porque lo pagarán a peso.

—Estás en tu casa, Ray Moran —anunció, solemnemente, Anderson.

El día 3 de abril, un hombre muy moreno, con un hombro más alto que el otro, con cara de sudamericano, grasosa, abrigantada la negra cabellera, finas las cejas, y llevando documentación a nombre del pianista Raúl Ortiz, acompañaba en un compartimiento del expreso oriental hacia Cincinnati, a Charles Anderson.

Los policías que examinaban a los viajeros no prestaron atención al hombrecillo ni al sudamericano de perfil grueso que discutían en un compartimiento. Ninguna de aquellas humanidades correspondía a Ray Moran...

—Ahora paciencia, Anderson. Por ciertas razones de honorabilidad, sería posible que el hombre con quien tengo que entrevistarme, tuviera policías vigilando. Lo dudo, pero toda precaución es poca. Vas a ir con mucho tiento, rondando la casa particular que aquí te escribo.

Charles Anderson leyó:

«Alan Beresford», y exclamó:

—¡Diablos! ¡Pero si es el multimillonario...!

Ray Moran frunció las depiladas cejas de «Raúl Ortiz»... Dijo:

—¿Multimillonario Alan? Si era un provisionista de mala muerte.

—¡Sí, sí! ¿De mala muerte, eh? Le calculan alrededor de los diez millones, pagados impuestos. Tiene factorías en tres estados, y hasta en Europa.

—¿Alan Beresford?

—El mismo.

—¿Qué familia tiene?

—No sé, pero si es interesante averiguarlo...

—¡Sí! Y cuanto antes mejor, pero con vista.

Tres días después, Anderson, en un café, se sentó junto a «Raúl Ortiz».

—Alan Beresford es soltero. Tiene una hermana que vive en el estado de Indiana, y un sobrino... ¿Qué pasa?

La diestra de Moran acababa de hincarse en el antebrazo del hombrecillo. Y preguntó Moran:

—¿Qué edad tiene el sobrino, y dónde vive?

—Tanto no pude averiguar.

—Vete a una agencia, y paga lo que pidan, pero tú vas a pedir te den los más extensos informes sobre cómo adquirió Alan Beresford su fortuna, y dónde viven su hermana y sobrino, y cómo viven. Es imprescindible sepa yo cuanto antes estos datos... para que lo otro... ¿comprendes?

—Por más de prisa que vaya la agencia, tardarán quince días.

—Así tarden un mes. Es necesario.

—Hay otra cosa. Estoy seguro que hay policías privados vigilando cuantos movimientos da Alan Beresford. Hasta van en su coche, como si le escoltaran en protección.

—De nada le servirá. Paciencia...

—Paciencia —repitió el hombrecillo.

* * *

—¿Charles Anderson? Hace días que se fue con su compañero, el músico.

Jack Bronson sonrió a la vecina, y su sonrisa era agradable. Dijo:

—Es muy amigo mío, y le agradecería todos los detalles que pudiera darme, señora.

—Pues veré... ¡Su amigo llamaba la atención, porque tenía un hombro más alto que el otro, y un tipo de sudamericano clarísimo. Iban los dos a Cincinnati. Lo sé porque en la estación, junto a la taquilla, cuando Anderson pedía los dos billetes para Cincinnati, estaba un muchacho amigo de mi hija, que es portador.

—Gracias, señora. ¿Recuerda el día?

—Pues, aquella misma noche, el portador, que es amigo de mi hija, nos invitó al cine. Es un chico simpático, mejorando lo presente.

—Gracias, señora. Adiós:

—¿Y si regresa Anderson?

—Dígale que volveré a visitarle.

Jack Bronson tomó el tren para Cincinnati, y en el viaje, estudió desde

sus tres posturas, el rostro de Charles Anderson. Era inconfundible.

Pensó que ya que iba a Cincinnati, podía visitar a su tío Alan Beresford.

Y por la noche, al llegar a Cincinnati, telefoneó al mismo número de siempre. Y casi dijo lo mismo:

—... Continúan relevándose en mis tacones. Sé que es gente a sueldo de Johnny Arbuckle y su amante, pero hasta no obtener pruebas, dejad que me sigan. Creo que ahora, por fin, tengo una pista. La primera que me parece sólida, porque coincide con mis sospechas.

Colgó. Visitaría a su tío al día siguiente. No le tenía excesiva simpatía. Le estaba agradecido, pero sin más.

Al día siguiente, inspeccionaba los registros de hoteles. Anotó varios nombres sudamericanos. En el hotel «Select» de segunda categoría, destinado a artistas de la misma categoría, esperó para ver a un hombre moreno que tenía un hombro más alto que el otro...

Hacia las once de la mañana, logró sentarse en una mesa del bar, la más próxima a la ocupada por un individuo moreno, de cara grasosa, con un hombro más alto que el otro.

Jack Bronson sintió un pequeño escalofrío de satisfacción al ver la inconfundible cara afilada de un hombrecillo que se sentaba ahora junto al moreno «sudamericano». Era Charles Anderson, y sin embargo no figuraba por este nombre en el registro.

—Vamos a tu cuarto —dijo Anderson a Moran.

Se fueron los dos hacia el ascensor. Jack Bronson, en el mostrador pidió al conserje:

—Pronto. La llave de una habitación, junto a la ocupada por el llamado Ortiz. F.B.I.

En su habitación, Ray Moran se sentó, mientras Anderson decía:

—Tengo ya todos los informes sobre los Beresford. Su hermana se llama...

—Primero lo referente a la fortuna de Alan y Beresford.

—En esta hoja.

Leyó despacio Ray Moran. Cuando terminó, masculló:

—¡Cochino tipo! Debe sudar mucho desde que sabe que estoy viajando por los Estados. ¿Y... Alicia?

—¡Caramba! ¿Cómo sabes que la hermana de Beresford se llama Alicia?

—No importa cómo lo sé. No tengo ganas de leer. Resume el informe.

—Su hermana Alicia Beresford, viuda, con un hijo, recibe una pensión mensual, modesta. Vive en Decatur actualmente, con su hijo el policía...

Ray Moran saltó en pie, con las manos hacia el cuello del hombrecillo que angustiado, se olvidó de la consigna de no citar los verdaderos nombres, al asustarse y saltar hacia atrás:

—¡Diablos, Ray! Yo...

—¡Idiota! ¡Raúl Ortiz! No se te ocurra citar de nuevo mi nombre...

Perdona, viejo, pero no puedes comprender. Sigue... ¿Conque el sobrino de Alan, policía, no? Merece mil muertes, el muy cochino de Alan.

—Es policía, y a lo mejor de los que están escoltando a Beresford. No hay quien se pueda acercar al magnate de las industrias. Y hay otro misterio... ¿Sabes quién tiene de chofer Alan Beresford?

—¿Le conoces? A lo mejor, esto sirve.

—Algo que tampoco comprendo. Yo vi boxear a un multimillonario, un tal Dan Barley. Le tenía asco porque era un orgulloso, avaro y sin corazón... ¡Y mira por dónde le he visto al volante del coche de Alan Beresford!

—Será un parecido...

—¡No! Yo retrato con los ojos. Y es Dan Barley, el chofer de Alan Beresford, y por lo visto de su entera confianza.

—Tengo que pensar, viejo. Mucho... Ahora, ya puedes descansar. Me encargo yo de ver el modo de entrevistarme con Alan Beresford... Tal vez por su chofer, el tal Dan Barley...

En la habitación contigua, el agente Jack Bronson sabía ya que «Raúl Ortiz» era Ray Moran. Pero, ¿a qué venía todo lo referente a Beresford... y él mismo y su madre?

Manoseó la culata, dispuesto a entrar. Permaneció indeciso un largo instante. Ya no podía escapársele Ray Moran... hábilmente desconocido bajo su apariencia de sudamericano «Raúl Ortiz».

¿Por qué Alan Beresford, al saber que había huido Ray Moran, colocó dos policías custodiando la casa de Decatur? ¿Por qué se hacía escoltar por policía privada? ¿Por qué le llamaba «cochino y merecedor de mil muertes» Ray Moran?

Varias preguntas que íntimamente quería aclarar. Abandonó la habitación, y en el mostrador entregó la llave al conserje.

—No tiene por qué citar lo sucedido, amigo. Mis credenciales las verá cuando quiera.

—Gracias, señor. Guando lo juzgue oportuno. La discreción es mi profesión, señor.

—Me inscribiré ahora mismo como viajante de comercio, y me dará habitación contigua a la ocupada por el señor Raúl Ortiz.

—Sí, señor.

—A partir de ahora, de toda aquella persona que se inscriba después de mí, mandará al instante sus fichas y documentos exhibidos a este número y calle que aquí le inscribo. Es importante.

—Sí, señor. ¿Y debo... advertir al detective del hotel?

—En absoluto. No se preocupe. Mi «casa» hace las cosas con mucha discreción.

—¿Algún terrorista europeo, señor?

—No. Aquí en el hotel no pasará nada. Se lo garantizo.

—Gracias, señor.

A solas en la habitación vecina a la ocupada por Ray Moran, esperó Jack Bronson. Tan pronto, «Raúl Ortiz» saliera a la calle, empezaría el acecho de la fiera acosada.

Más que como agente del F.B.I., era ahora Jack Bronson un sabueso tras la resolución del enigma que relacionaba a su tío Alan Beresford con Ray Moran...

VI

Al abandonar el tren ganadero en Cincinnati, Dan Barley revisó el contenido de su bolsillo: siete dólares y veinte centavos.

Compró el periódico, mientras desayunaba con un apetito jamás experimentado, en un bar cercano a las Oficinas de Colocación. Los anuncios de oferta de trabajo, o bien presentaban escasas posibilidades de hacer fortuna en seis meses, o pedían condiciones que él no poseía.

No se amilanó, porque estimaba que tenía por delante todavía cerca de seis meses. Y eran aquellos días primeros, como unas vacaciones ideales, las primeras que realmente gozaba.

Nadie le adulaba, nadie le proponía falsos negocios, ni le solicitaba préstamos.

Recorrió las calles de la populosa ciudad, a pie, dándose cuenta de que era el modo de percibir mejor las perspectivas.

Al día siguiente, domingo, almorzaba en un bar económico, dedicado a una habitual clientela de servidumbre.

También mientras comía, apreció que la carencia de complicación en los platos, le resultaba más agradable que los menús con vinos caros a que estaba acostumbrado.

Fue aprendiendo en su nueva existencia, que no siempre el precio elevado corresponde a calidad, y le apetecía más aquel vino suave, que todos los mostos lujosamente embotellados que cataba con desgana en los banquetes.

Le llamó la atención en una mesa próxima, una muchacha de sencillo vestir, que movía la cabeza trigueña con denegaciones...

Estaba medio oculta por las anchas espaldas de un individuo que sentado ante ella, parecía argumentar enérgicamente.

Pensó Dan Barley que aquella chica, seguramente una modesta, empleada, tenía un rasgo facial gracioso: unas mejillas sonrosadas, un poco abultadas.

Estéticamente, aquellas mejillas no servirían para anuncio de un instituto de belleza, y sin embargo, daban un candor infantil al rostro, que también poseía unos ojazos tímidos.

Sin saber por qué, Dan Barley, el «corazón de piedra», estimó que aquella desconocida, necesitaba protección. Parecía una criatura desamparada, perdida en una selva oscura...

Tal vez porque sus ojos aterciopelados denotaban miedo...

De pronto, el individuo de espaldas, dio un leve puñetazo en la mesa y ella se sobresaltó, pero continuó negando, con terca obstinación infantil, como el niño que no quiere ir a la escuela, y sin embargo se da cuenta de que al final tendrá que ir.

Exasperado, el individuo avanzó el busto. Dan Barley se levantó con ágil rapidez, porque tenía práctica en adivinar cuándo una anatomía masculina se disponía a pegar.

Y en efecto, el desconocido vestido de azul, doblaba un brazo, disponiéndose a dar un bofetón en revés, mientras la muchacha cruzaba sus dos brazos en gesto de instintiva protección.

La mano masculina quedó detenida en el aire, y calmosamente anunció Dan Barley, en pie al lado del sujeto:

—Yo de usted, me lo pensaría, amigo, antes de hacerlo.

El otro se desprendió con rudeza, poniéndose en pie. Medía casi la misma estatura que Dan Barley. Tenía estrecha frente, poderosos maxilares, y ojos, de aviesa intención.

—Y yo de usted me largaría antes que fuera tarde.

—Por favor —suplicó, con voz tenue, la muchacha—. Vamos a llamar la atención; ¿sabes, Albert? Y usted caballero, mejor será que... En fin, gracias de todos modos, caballero.

El llamado Albert colocó un índice sobre el pecho del mal trajeado multimillonario.

—Oiga, astroso. No le rompo la cara, gracias a que en este bar me conocen, y no quiero escándalos.

—Eso tiene arreglo. Con ir al pasillo de los lavabos, estamos solos. No me ha gustado su modo de tratar a esta criatura.

—¿Ah, sí? Mira por dónde te ha salido un mendigo de capa y espada, Mildred —rio, sarcástico, Albert.

Mildred juntó las dos manos, en pueril gesto de súplica:

—Sean buenos —dijo asustada.

Y la frase le causó gracia a Dan Barley. El otro, apretó el índice sobre el pecho, conminando:

—Anda, largo de aquí, entrometido. No te rompo la cara...

—¿Porque mancho, no? Me voy a mi mesa, pero como sigas asustando a esta criatura, te llevo a rastras al pasillo de lavabos, y te voy a atizar la más fenomenal de las palizas.

Exasperado, Albert Fromby se dispuso a colocar un recio manotazo en

la cara de Barley. Este retrocedió, y dijo, agitando un índice en negativa burlona:

—Aquí no, Albert. Hay señores, y te conocen en el bar. Me has abierto las ganas de darte estopa.

Albert Fromby, congestionado el semblante, caminó hacia la parte posterior del bar, donde estaba el largo corredor de los lavabos. Tras él, andando casi a saltitos de terror, iba Mildred...

Con diplomacia, el gerente del bar se instaló en el acceso al corredor. Que solucionaran sus cosas en privado, aquellos dos que peleaban por Mildred, la simpática doncella de la servidumbre de Alan Beresford, no atraería a la policía, y no sería escándalo para el bar.

Y pensó además, que una paliza no le vendría mal al camorrista y antipático de Albert Fromby, el chofer de Alan Beresford, elegido recientemente por sus músculos y su pericia, ya que al parecer el multimillonario Alan Beresford temía un ataque, y había pedido a una agencia un chofer de toda confianza y muy fuerte.

—Si pides perdón a Mildred por haber intentado abofetearla, estoy dispuesto a olvidarte, Albert.

El otro, puños cerrados, se detuvo en su marcha agresiva...

—¿De qué conoces tú a Mildred?

—De ahora mismo, pero no hace falta ser un lince, para adivinar que es una buena chica, y tú le estabas pidiendo algo que ella no quiere aceptar.

—¡Quiere que seamos novios! ¡Y no quiero yo! ¡Porque él lo que quiere es divertirse, y yo no quiero! —exclamó ella tres pasos atrás, dando saltitos nerviosos—. Pero no se vayan a pegar, que luego se arrepentirán... ¡Jesús, qué miedo!

La exclamación sincera obedecía a que Albert Fromby, exasperado y seguro de sus dotes, atacaba en embestida feroz.

Alargando los brazos, Dan Barley propinó una serie de largos directos, que detuvieron el primer embate del chofer.

—¿Estilos y técnicas, no? —masculló Fromby—. Te voy a convertir en pulpa de tomate la cara, idiota. Te voy a dar puntapiés en los ojos hasta reventarte...

—¡Ay, Dios! ¡Socorro, que se van a hacer daño! —Y Mildred corría a saltitos de un lado a otro, dando palmadas de angustiada indecisión.

Por un lado deseaba que Albert Fromby recibiera una paliza, y por otro, temía que el apuesto aunque algo desaliñado desconocido, no sufriera daño.

Solo veía brazos moviéndose, cuerpos saltando, golpes, y prefirió acudir al mejor recurso. Taparse la cara...

Sintió el rumor del desplome de un cuerpo, y musitó:

—¡No abuses del vencido, Albert Fromby... o le diré al señor Beresford...!

Apartó las manos, y se quedó alelada. En el suelo, sangrante la nariz y la boca, brazos en aspa, estaba tendido Albert Fromby.

En pie, Dan Barley se lamía los nudillos algo despellejados... De pronto, Albert Fromby se incorporó, recuperado, y abalanzándose rodeó con sus brazos la cintura de Barley, hincándole en el pecho el mentón.

Ella volvió a cubrirse la cara con las manos... emitiendo leves gritos, que galvanizaron a Dan Barley, porque por vez primera oía a alguien que, le animaba.

Mildred Pierce, exclamaba:

—¡No tenga compasión! ¡Dele fuerte a, Fromby, que es un tirano! ¡Dele, dele a Fromby!

Los dos puños de Dan Barley habían ya trabado contacto con las sienes del que pretendía aplicarle una dolorosa llave de desriñonamiento.

Machacó ahora lateralmente las cejas y mandíbulas, terminando por un doble gancho al estómago.

Albert Fromby cayó de rodillas, oscilando a los lados, y por fin se desplomó de lado, como un buey apuntillado...

Ella gritó:

—¡Oh, Fromby! ¿Le han hecho daño?

—Oiga, pavita— rió Barley, resoplando porque el ejercicio había sido rápido y de verdadera violencia contundente—. Olvídese ya, de Fromby, y si me lo acepta la invito a un plato de nata con fresas.

—¡Qué bien! Bueno, el caso es que somos desconocidos...

—Me llamo Dan Barley.

“ —... y el pobre Fromby, que es un bruto, pues... aquí se va a desangrar... y da pena, aunque me alegra...

—Está acostumbrado a dar y recibir. Vámonos, Mildred.

La cogió él por el codo, y ella se dejó conducir fuera. En el umbral, anunció ella:

—Pelearon limpio, señor Carminatti. Y yo no pude evitarlo...

El gerente rió:

—¿Y cómo lo iba usted a evitar, si es usted un angelito de poco peso, comparado con el caballero? Albricias, «signore». La casa invita, porque hace tiempo que deseaba yo que a Fromby le dieran.

—Mejor nos vamos —apremió ella, angustiada—. El señor Fromby al ponerse mejor, se pondrá hecho una furia, porque cuando se pone furioso, hay que...

—... hay que ponerse a salvo —rió Barley, divertidísimo.

El modo de hablarle aquella muchacha le causaba gracia, porque no fingía mimosidad infantil, sino que brotaba de ella espontáneamente.

En la calle, ella de pronto dijo:

—No me parece bien que así de pronto, sin conocernos, estemos juntos. Y me coge usted del codo, señor Barley.

—Llámeme Dan y somos ya amigos, ¿no? No soy camorrista, pero desde que la vi asustada, me entraron unas ganas locas de protegerla. Y puedo jurar que os la primera vez que eso me pasa.

—Gracias, pero... ¿a dónde vamos?

—No sé. ¿Qué prefiere?

—Podemos hablar caminando... allí por el parque. Hoy tengo libre hasta las siete de la tarde, y el señor Fromby se empeñó en que yo debía ir al cine con él y ser su novia. Es muy grosero el señor Fromby. Me decía que si no era yo su novia, me iba a dar «marcha».

—Fea palabra esa.

—¿Qué significa? —quiso saber ella, con mucho interés.

—«Marcha» es pegar a una mujer. Algo muy odioso.

—¡Claro! —aprobó ella, muy convencida—. Tan solo el marido tiene derecho legítimo a pegar a su mujer.

«Primitiva, sencilla e infantil» pensó Dan Barley.

Pisaban ya las alamedas del parque, y ella preguntó:

—¿Le sabe mal decirme en qué trabaja, Dan Barley?

—En nada.

—¡Ah, entonces... lo siento, pero no podemos ser amigos!

—Escuche, Mildred, lo que quise decir es que busco trabajo, pero aún no lo he encontrado.

—Bien. Eso ya es otra cosa. ¿Qué sabe usted hacer, pero bien hecho?

—Tengo carnet de chófer de primera...

—¡Oiga! Eso sí que tiene gracia. Usted es un chófer parado, y le ha parado a Fromby... Bueno, ahora recuerdo que Fromby no sé lo que dirá al señor Beresford. Tiene malas ideas, y es capaz de inventar yo que sé qué...

—Esto se arregla hablándole usted primero al señor Beresford, y yo sirvo de testigo, y tenemos además al italiano del bar.

—¡Es verdad! Entonces, ¡que diga lo que quiera Fromby! ¿Vamos a ver a los osos?

Durante tres horas, Dan Barley admiró toda clase de animales, comió cacahuets encontró un extraño goce en columpiarse en las atracciones, y en ser empujado por otras parejas que parecían en su dominguera euforia, muy contentos de vivir.

Cuando dejó a Mildred ante la puerta de servicio de la suntuosa mansión de Alan Beresford, prometió telefonear al día siguiente, a primera hora, para saber en qué quedaba la reacción del chofer Fromby.

Cuando al día siguiente telefoneó, ella, con cierta ansiedad en la voz, dijo que el señor Beresford, le había encomendado citara al que maltrató a su chofer, para las once de la misma mañana en su despacho particular.

A las once de la mañana, Dan Barley entraba en el despacho, y veía por primera vez a Alan Beresford, el famoso magnate.

Alto, flaco, de cara ascética, Alan Beresford tenía la misma sequedad de modales que de lenguaje. Apenas entró Barley, dijo:

—He sido informado del incidente. Usted provocó a Fromby, pero éste se lo merecía. Lo he despedido. He sido informado que posee usted carnet de conductor de primera.

—Sí. ¿Quiere verlo?

Los grises ojos acerados de Beresford, miraron al que hablaba poco en consonancia con el común de la genio modesta.

—Su apellido me es conocido, Barley. Había un Dan Barley multimillonario en Indianápolis.

—Era yo. Perdí mi fortuna en varias operaciones de Bolsa. Tengo que rehacer mi vida.

—Lo que suponía... Puedo pues tener confianza en usted. He de advertirle que, por determinadas circunstancias, preciso hacerme custodiar. Elegí a Fromby porque era fuerte y decidido. ¿Aceptaría usted ser mi chofer?

Pensó Barley que era una experiencia aceptable, y además vería con frecuencia a Mildred. Replicó:

—Sí, señor. Naturalmente, para nadie he de ser sino un chofer. Comprenda que el haber sido millonario, me perjudicaría a ojos de mis nuevos compañeros.

—De acuerdo. Las condiciones en que contrató a Fromby, son: manutención, alojamiento y cien dólares al mes. Libre el domingo desde mediodía a siete tarde, y cada día tendrá usted el coche en punto a las ocho de la mañana. ¿Acepta?

—Con gusto, señor.

—El uniforme de Fromby le sirve, así como su sastre. Nada más, Barley.

Y empezó la nueva vida para el chofer Barley, que al tercer día de trabajo, y mientras esperaba fuera del coche, el regreso de Beresford, vio acercarse a Fromby.

El policía particular que en el coche se sentaba siempre al lado del chofer, intervino:

—Siga su camino, Fromby.

—Déjelo. No viene a pelear. Ya pasó, ¿verdad. Albert?

Albert Fromby, crispadas las mandíbulas, que azulaban como otras partes de su rostro, rezongó a dos pasos del nuevo chofer:

—Me quitaste el empleo, Barley. Y si piensas quitarme la chica, tendrás un mal fin.

—Se quita aquello que pertenece a otro. Y Mildred no es tuya ni mía. Pero mejor que hagas caso al buen consejo de seguir tu camino, Fromby. Aquello ya pasó.

Se fue Fromby, y el policía advirtió:

—Cuídese, Dan. Este tipo es rencoroso.

Pasaron los días. Dan Barley se extrañaba de que le gustara tanto conversar con Mildred, en los ratos libres de servicio. Total, era una chica vulgar, y las había a cientos más guapas...

¿Por qué pues al verla le entraba aquella sensación íntima de satisfecha placidez?

Casi había olvidado que había transcurrido cerca de un mes, y seguía de chofer con cien dólares mensuales.

Tenía por costumbre al cerrar el coche a las nueve de la noche, cuando Beresford no salía, ir al café donde conoció a Mildred.

Y estando allí, sin uniforme, leyendo la Prensa nocturna, miró al que le interpelaba:

—¿Puedo sentarme, señor?

Era un individuo extraño: parecía un músico italiano, pero hablaba perfectamente el inglés. Dan Barley asintió.

«Raúl Ortiz» pidió un café con leche y al poco dijo:

—Me agradaría charlar con usted, señor.

Dobló Barley el periódico, replicando:

—Me llamo Barley.

—Raúl Ortiz, señor Barley, artista. Yo tengo un magnífico asunto en perspectiva. Busco alguien que quiera financiar una revista musical, pero no hay medio de que pueda acercarme al señor Beresford. Me consideran los policías un buscón, un sablista... Y no es así, ya que dispongo de capital. Y estaría dispuesto a pagar muy bien, a quién me proporcionara el medio discreto de ser recibido por el señor Beresford. Y me he enterado que usted es su chofer.

—Sí, pero perdería el empleo.

—Puedo compensarle. Escuche, Barley, mi revista es grandiosa. Hay mucho dinero a ganar. Yo sabría convencer al señor Beresford, si pudiera hablarle, fuera de sus horas de negocio. Y pagaría una crecida cantidad a quién me introdujera cerca de él, porque sé que me bastaría hablarle para convencerle, y en cierto modo, debería el éxito de mi revista musical, al que me permitiera ver a Beresford.

Rió Barley.

—Beresford teme un ataque de no sé quién. Usted podría ser enemigo suyo.

—Es sencillo averiguarlo —sonrió Moran—. Usted me cachea antes de entrar. Usted presencia la entrevista. Y si pierde el empleo, no lo sentirá, porque... —Y con gesto amplio, sacó Moran de su bolsillo un carnet de cheques—. ¿Cuánto, Barley? Estamos en Norteamérica, y si bien soy argentino, he viajado mucho por aquí.

Dan Barley tardó en contestar:

—Si Beresford se convence y finanza la revista, ¿pagaría usted una cantidad de veras importante?

—Pida.

Sonrió Barley:—.

—Se va a asustar, pero dependerá del interés y la fe que tenga usted en su revista. No quiero dinero en efectivo, sino una participación en los beneficios, si acepta Beresford.

—¿De cuánto? Lo contrataríamos legalmente.

—Magnífico. Eso es lo que necesito. Un contrato legal. Me pondría usted, dijéramos, como asesor o algo así. Me bastaría con retirarme, al alcanzar la cifra en que sueño.

—¿Cuánto?

—Cincuenta mil dólares.

—Es mucho — fingió meditar «Ortiz».

—Es un doble riesgo que corro. Primero, perder el empleo y usted no convencer a Beresford. Segundo, que la revista sea un fracaso.

—Será un éxito. Piénselo, y...

—Está pensado. Yo estaré presente, hasta que Beresford estime que usted no es enemigo suyo.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—Ahora mismo. Usted viene conmigo, y entraremos por la puerta de servicio. Yo le llevaré al despacho, donde Beresford está a solas hasta la una de la madrugada, aproximadamente. El policía ronda por fuera, y otro dormita en la puerta exterior. Pero siguiendo el pasillo del servicio, podemos llegar sin ser vistos.

Los dos salieron del bar. Tras de ellos, iba. Jack Bronson...

Y Jack Bronson, fuera de la vista de los policías, pudo seguir el mismo camino que emprendían Barley y Moran hacia el despacho, porque el mayordomo, al reconocer al sobrino de Beresford, le saludó con efusión y respeto.

Alan Beresford alzó la mirada de lo que estaba leyendo, al ver entrar sin llamar a Dan Barley, seguido de un desconocido.

—Lo siento, señor, pero tengo que molestarle porque este caballero, Raúl Ortiz tiene un negocio magnífico que presentarle.

Alan Beresford miró al disfrazado con arte por Anderson, y después con sequedad, dijo:

—Queda usted despedido, Barley. El mayordomo le pagará quince días. Adiós.

—Adiós. Le espero fuera, Ortiz.

A solas con Beresford, Raúl Ortiz avanzó, y aunque no había sido invitado a ello, se sentó ante el que tras su mesa, declaró:

—A estas horas, no hablo de negocios.

—Conmigo sí, Alan.

La voz de Ray Moran produjo en el multimillonario un escalofrío que sacudió sus músculos faciales. Ray Moran añadió:

—Un despacho «insonorizado» magnífico, Alan. No te conviene llamar, porque soy la fiera acosada. Así me llaman los periódicos. Y no te conviene que estos periódicos hablen de ciertas cosas.

—¿A... a qué has venido? —balbució Beresford.

—A varias cosas, Alan. Primero a verte, charlar... Después, no sé. En veintiún años de cárcel, he aprendido a dominar mis deseos. Y si ahora siento un vehemente deseo de estrangularte, lo domino. No muevas las

manos porque si abres un cajón o tocas algún timbre, te aplastaré como a una alimaña, honrado Alan.

Alan Beresford empezó a sudar copiosamente. Ray Moran cogió de encima de la mesa la caja de cigarros habanos, eligiendo uno con esmero, que encendió en el mechero de despacho, pero sus ojos estaban fijos en Beresford.

—Han pasado muchos años, Alan, y es conveniente que te refresque la memoria.

—Pido... pídemelo lo que quieras, Ray...

—Eso, después. Ahora voy a exponerte tu crimen. Mira... En este mundo, ya cuando yo era, joven, creía en pocas cosas. Pero cuando conocí a Alicia, creí en el amor, y por eso... precisamente por eso, porque la amaba estimé que ella no se merecía a un granuja como yo por marido. Es gracioso ¿verdad? Pero ni tú ni yo tenemos ganas de reír, Alan. Exhaló Moran un amplia bocanada, ¡añadiendo:

—Un puro excelente. Te cuidas, Alan. Volvamos a lo que decía. Entonces, yo era un haragán, como tú me repetiste. Tú eras el honorable provisionista secundario, trabajador, honradísimo... Tu amo te confiaba la caja. Casi me avergonzaba estar ante ti. Me parecías la stampa de la decencia. Te opusiste al noviazgo de Alicia conmigo. Y yo hui, porque preferí que Alicia fuera desgraciada unos meses a que lo fuera toda su vida, casada con un granuja como yo. Y ahora estamos frente a frente, honorable Beresford. Tú el decente, yo el granuja.

Alan Beresford, trataba de buscar palabras elocuentes. Murmuró:

—Verás... Yo puedo explicarte...

—Después. Hablo yo, y he aguardado muchos años para ello. La noche en que cayeron los de Harding, yo seguía siendo un granuja, pero entonces y ahora, sigo igual. No he matado a nadie... hasta ahora, Alan. No he matado a nadie, porque no sentí deseos de hacerlo... hasta ahora, Alan. Sudas mucho, Alan. ¿Quieres un refresco de menta?

—¡Yo te juro Ray, que...!

—¡Silencio! Ya han cambiado las tornas, Alan Beresford. Antes eras tú mi juez, y yo el acusado. Yo era el indigno de entrar en la familia Beresford. Alicia juraba que yo trabajaría, pero tú ante ella dijiste bien claro, que yo terminaría en la cárcel. Y tenías razón. Tal vez de no haber sido tú tan inflexible, lo que sucedió... hubiera tenido otro epílogo. Pero es otra cosa de la que he venido a hablarte. La noche en que me quedé solo en un coche con seis cadáveres y dos millones trescientos mil dólares, no sabía a dónde ir. Los «gangsters» no confiaban en mí, ya que yo era un aficionado, útil solamente porque conducía bien.

—¿A qué atormentarnos con recuerdos de lo que pasó?

—Porque es necesario, Alan. Me asiste la razón, me dije que nadie mejor que el honorable Alan para ser el depositario. Te escribí... ¿tienes la bondad de repetirme lo que te escribía, Alan?

—Es... molesto, Ray...

—Lo comprendo —rió, con sarcasmo, Moran—. Era muy molesto para mí escribirte, sabiendo que tras de mí tenía bandadas de policías. Bien, te repetiré, más o menos mi carta. Te decía que en el lugar marcado en el trozo de mapa, había el dinero, y que te mataría si lo entregabas a la policía. Yo quería aquel dinero, para que Alicia y el hijo que nunca conocí, vivieran espléndidamente. Yo pensaba salir antes de que el muchacho cumpliera, los veintiuno. Era mi idea, casarme, si Alicia seguía queriéndome. Y en la cárcel me daba aguante, pensar que inmoralmente, yo había labrado la riqueza de Alicia y nuestro hijo. Salgo... y me entero que a tu hermana le pasas una mísera pensión... ¡y que mi hijo... es un policía!

—El... tenía vocación...

Se encogió Beresford, porque Ray Moran alzaba una mano en revés, avanzando el busto.

En la salita contigua, Jack Bronson, lívido, y habiendo oído toda la revelación, averiguaba que era hijo de Ray Moran...

—¡Calla, Alan! Eres un asqueroso cerdo, porque si yo ayudé a robar, expuse la piel. Pero tú, ¿qué calificativo mereces? No hay jurado ni leguleyo que encuentre nombre para tu delito. Te quedas con un dinero producto de un robo, despojas a tu hermana de lo que era suyo puesto que para ella lo quise, y tu sobrino, mi hijo en vez de vivir como tú vives... es un policía. Gracioso, ¿eh? Yo soy la fiera acosada, y mi hijo acosando fieras.

—Él está en Decatur con su madre, Ray. Yo quería hablar contigo.

—¿Sí, querido? Y por eso te haces rodear de policías.

—Para evitar tu primer arrebato.

—Ya está evitado.

—La fortuna que yo... he labrado con el dinero, será de quien tú quieras. Tuya, de Alicia o de tu hijo. Yo...

—Me engañaste una vez, Alan, porque creí en tu honradez. ¿Qué clase de arreglo podemos hacer? Si yo salgo de aquí, pagarás asesinos profesionales, u ofrecerás recompensa crecida para que los policías me acribillen. No hay arreglo Alan. Solo veo uno. Tienes por herederos naturales a tu hermana y sobrino. ¿Comprendes?

—Sí... intentas violencias conmigo... irás a la silla eléctrica.

—Y me sentaré en ella como en un trono, con tal de saber que tú me estás abriendo las puertas del infierno. No grites, Alan... No pienso matarte todavía... A lo mejor, hay un arreglo.

—Yo... ¡Confesaré lo que me pidas, Ray! ¡Escribiré las declaraciones que quieras!

—No está mal. Empieza... Tienes papel delante de tus sucias narices de hiena hipócrita. Anda... Las manos sobre la mesa. Y empieza a escribir lo que te dicte el recuerdo. Luego leeré, y si no está de acuerdo con la verdad...

La pluma garabateó febrilmente en el papel, y en voz alta, iba repitiendo Beresford lo que escribía;

«Yo, Alan Beresford, declaro que cometí un delito de encubrimiento, cuando la noche del 4 de septiembre de 1930, Ray Moran me escribió revelándome dónde había ocultado el producto del asalto a las industrias de acero de Gary. Recogí dicho dinero que en varios viajes a Europa fui liquidando, y ha sido el origen de mi actual fortuna...»

Alzó la pluma y preguntó con ansiedad:

—¿Está bien así, Ray?

—Es mejor que no menciones para nada, la razón fundamental por la que te hice depositario. Nadie tiene por qué manchar la honradez real y legítima de Alicia, ni... mi hijo... saber que lo es de Ray Moran. Firma, Alan, con tu firma... La comprobaré. Y dime...

Firmaba: ya Beresford, y tendió el documento, que Moran cogió para dejarlo ante él.

—Dime, Alan, ¿sabe... el muchacho quién soy yo?

—No. Le dijimos que su padre había muerto en un viaje.

—Mejor. Y ahora, Alan... te voy a matar a puñetazos...

Ray Moran saltó con entrenada agilidad, y sus dos primeros puñetazos chocaron contra el caballete de la larga nariz de Beresford. Dio un rodeo, y de lado, asestó otros dos puñetazos de feroz contundencia.

Alan Beresford trataba de defenderse, pero el ímpetu ciego de Ray Moran, el rencor acumulado en los últimos días, le convertían en una máquina demoledora.

Alan Beresford cayó al suelo, sin sentido. Ray Moran volvió a levantarlo en vilo... y de pronto, en rededor de sus muñecas, con rapidez dos cercos de acero se cerraron...

Cayó nuevamente al suelo el ensangrentado Beresford, y esposado, Ray Moran vio a un joven que, pistola en mano, decía lívido:

—No pretenda huir, Moran. Iremos al garaje y le llevaré a...

—¿Me llevarás en coche, no poli? Has estado muy oportuno. ¿Te avisó Barley?

—Os seguí a los dos.

—Es extraño. Parece como si te diera yo miedo. Me has esposado muy hábilmente, con tu carita de ingenuo, y eres un chiquillo casi.

—Vaya hacia aquella puerta, y no me obligue a disparar.

—Procuraré no obligarte.

En la espalda de Ray Moran, su hijo colocó la boca de la pistola, mientras recogía el documento revelador firmado por el que seguía en el suelo, privado por completo de sentido.

Echó a andar Moran, empujado por la pistola del agente, que

atravesando el pasillo al divisar a Barley, le dijo:

—Usted ignoraba que este hombre era Ray Moran. Avise al mayordomo, para que vaya a cuidar del señor Beresford.

Alelado, Dan Barley vio cómo el supuesto argentino y el agente, salían por una puerta lateral.

A unos veinte pasos estaba el garaje. Señaló Bronson con la pistola hacia el primer coche, mientras sacaba un doble cinto que llevaba, y ataba un extremo en la cadenilla intermedia de las esposas.

—Siéntese, Moran.

Obedeció el fugitivo.

Jack Bronson rodeó el otro extremo de la correa a la manilla interior de la puerta, al lado de Moran, y subió al volante, dando marcha atrás.

Ya en la avenida, emprendió veloz carrera hacia el exterior.

VII

A los diez minutos de silencio, preguntó Moran:

—¿A dónde me llevas, poli?

—A mi comisaría. Me llamo Jack.

—Lo celebro, Jack. Te darán un ascenso, ¿eh? Puerca profesión la tuya.

—Los unos crean a los otros. Si no hubiera ladrones...

—Oye, me resultas raro. No es pena, y sin embargo, lo parece, la forma en que me hablas. Deberías estar muy orgulloso. Has detenido a Ray Moran, tu solo. Bueno, total... Por fuga, me darán un complemento de cinco años, sobre los nueve que me faltan por cumplir...

Con brusco ademán, Jack Bronson se limpió los ojos. Murmuró:

—Una mota de polvo.

—Un buen coche. Me has atado con arte, poli, bueno, Jack... Un poco incómodo, nada más. Tu cara me recuerda algo. ¿Jack Smith? ¿Jack Parker?

—Me llamo Jack Bronson.

—¿Bronson? ¿Bronson?... ¡Dios!

Y Ray Moran, demudado el semblante, miró por el espejo retrovisor el semblante del que conducía con ojos de demente, o de hombre que libra íntimamente un combate entre el deber y un sentimiento incipiente, desconocido...



...en el pasillo de los lavabos se acometieron frenéticamente...

7 - FIERA

Ray Moran hizo un sobrehumano esfuerzo, y mintió:

—Me sorprendiste, Jack... porque si no me engaño, el tipo que yo estaba vapuleando se llama Alan Beresford Bronson.

—Soy su sobrino.

—Vaya... —Y la voz de Ray Moran se quebró en ronquera súbita—. Teniendo un tío multimillonario, no veo por qué andas jugándote la vida. Hay otros oficios mejores, muchacho. ¿Has pensado en tu madre? La pobre... estará muy inquieta siempre que estás fuera de casa. Te hará gracia que yo, un presidiario atracador... hable así.

—No me hace gracia, señor. Le escucho.

—¿Señor? Creo que es la primera vez que me llaman «señor», y tengo ya cuarenta y cuatro años. Ponte cómodo, Jack. No huiré... He pensado que es mejor que me olvide de mi intención. Verás... tenía ya planeado, apenas aflojase la correa, darte un buen codazo, y coger el volante. Pero, ¿para

qué? Volvería a ser una fiera acosada, y... cansa mucho huir, siempre huir...

Jack Bronson conducía diestramente. Su padre añadió:

—No llevas mal el volante. Pero estás como inquieto, como atormentado. No pienso darte más trabajo, hijo...

Jack Bronson dijo roncamente:

—Vamos hacia la frontera, Ray Moran. Tengo libre pase, y en el Canadá usted puede tomar un nuevo camino.

Ray Moran sobresaltado murmuró:

—¿Qué pasa, muchacho? No entiendo... Tu deber.

Jack Bronson, sin mirar más que a la carretera, atajó:

—Oí desde la primera a la última palabra que usted habló con mi tío en el despacho.

Ray Moran se encogió de hombros, con gesto de infinito cansancio, y sus labios temblaron hasta que se los mordió con saña...

El coche iba a toda velocidad en la noche, hacia el Norte.

—Lo siento, Jack. Hubiese preferido que nunca supierais... Yo comprendo que ha debido ser doloroso para ti saber... que yo... Bueno no sé qué decirte...

La mano izquierda del agente rozó la correa, que desanudó. Hincó la llavecita en el resalte, y saltaron las esposas. Ray Moran se frotó las muñecas libres.

—Gracias, Jack. Yo podré ser un granuja, pero no un cochino desleal. Y no vamos al Norte. Llévame a tu comisaría. Tu tío... sabe ya que me has detenido. Barley también. Te costaría la cárcel el dejarme escapar. Y debes pensar en ella...

—¡Por esto mismo, señor! —masculló, casi con ferocidad, el agente—. Porque pienso en ella... ¡no puedo llevarle a usted a la cárcel!

—¿Y vas a ir tú en mi lugar? ¿Ahorrarías con ello pena a tu madre? Deja las cosas que sigan su derrotero, Jack. Un buen agente que me detuvo, sin saber que yo... y tu madre... ya me ha olvidado, y nunca puede reprocharte nada... Tu padre ha muerto, muchacho.

Ambos, emotivamente confusos, no se daban cuenta de que hacía ya rato que un coche ocupado por cuatro individuos y una mujer, les seguía...

La mujer era Clara Barkington.

—Le dejaré en la frontera, señor, y confesaré a mi madre, que teniendo delante de mí al que fue su amor... ¡fracasé como agente del F.B.I. Y nadie más ha de saberlo.

Frenó Bronson el coche, aparcándolo junto a un surtidor de gasolina. Se aproximó un adormilado individuo.

Bajó Bronson del coche, inquiriendo:

—¿El teléfono?

El mecánico señaló una cabina al fondo del hangar. Ray Moran, nerviosamente, encendió un cigarrillo. ¿Le dejaba su hijo el coche para que

huyera? No, porque a solas, no atravesaría la frontera.

Dijo Bronson:

—Voy a telefonear a mí tío. Creo preferible decirle, y le conviene que guarde silencio hasta que yo le vuelva a hablar.

Se marchó Bronson hacia el fondo del hangar, y entrando en la cabina, marcó el número particular de Alan Beresford.

Se puso al habla el mayordomo, y poco después con voz tartajosa, Alan Beresford decía:

—Ray Moran me obligó a firmar una falsedad. ¿Tienes tú el escrito que me arrancó por la fuerza?

—Me da usted asco, Beresford. Le telefono para decirle que es de su máxima conveniencia, callarse, y aguardar mi regreso.

Colgó.

En el coche Ray Moran fumaba con incesantes aspiraciones. No vio que deslizándose, dos individuos atacaban por la espalda al mecánico, que estaba maniobrando en el depósito del coche.

El culatazo que recibió el mecánico, coincidió con el que en la sien recibió Ray Moran...

Los otros dos esperaban la salida del agente, y se unieron a ellos los que habían ya atado al mecánico y al desvanecido Ray Moran...

En el convencimiento de que los que le seguían desde que se entrevistó con Clara Barkington, eran a su vez controlados, el agente no tenía el menor recelo.

Por eso, el ataque súbito de los cuatro pistoleros le cogió plenamente desprevenido. Y el doble culatazo le hizo caer como un fardo, que los pistoleros transportaron al coche, junto a Ray Moran.

Clara Barkington presenció cómo eran atados por las muñecas, espalda contra espalda los dos prisioneros.

A toda marcha, el coche abandonó el paraje, después que vaciaron la caja del garaje, y llevaron el automóvil de Beresford, a un lugar solitario, abandonándolo.

La policía podría así creer que Ray Moran en su huida, además de liquidar al agente, había atracado la estación gasolinera.

Cuando Jack Bronson recuperó el sentido, vio que no podía casi moverse, entorpecidos sus movimientos por un peso a sus espaldas.

Estaba sentado en el suelo de un compartimiento posterior de coche, y había una mujer bonita, entro dos hombres, en el asiento.

Delante, otros dos. Cerró los ojos, porque le dolía la cabeza... Sin saber por qué, halló alivio en la comprobación de que no había sido Ray Moran el que le había golpeado.

El coche atravesó después una alameda con numerosos chalets, y por fin entró en un garaje. Dos pistoleros empujaron con los cañones de sus pistolas a los dos prisioneros, brutalmente, después de quitar la fina correa que unía las cuatro muñecas, espalda contra espalda.

Subieron unas escaleras y por fin en una sala elegantemente amueblada quedaron sentados en un diván, con dos pistoleros al respaldo, y uno en cada brazo.

Clara Barkington al fondo, encendía un cigarrillo. Entró un individuo sesentón, pero bien conservado, cuya voz áspera, que arañaba, dijo:

—Nunca es tarde si la dicha es buena.

—¡Tú... tú fuiste el que planeó el atraco —exclamó Ray Moran, al reconocer la voz.

VIII

—Fregadle la cara —ordenó Johnny Arbuckle—... Quitadle los postizos, y que le vea bien. Recuerdo que te firmé un pase de entrada a los casinos de juego, Ray Moran. Me lo pidió un conocido tuyo, pero mutuamente no nos vimos las caras... Porque yo llevaba visera. Soy Johnny Arbuckle. —Miró ahora al joven agente—. Fuiste listo, y casi adivinaste la verdad, Bronson. Pero ya de nada te va a servir la listeza. Cuando me di cuenta que vigilaban a los que te seguían, cosa que no es ningún delito, planeé un arreglo. Alguien te seguiría visiblemente, instalándose donde te alojaras, pero telefoneando cuando salías. Y te vieron meterte en cierta casa de Cincinatti detrás de Ray, y sacarlo esposado. Gracias, Bronson, por haberme traído a domicilio a mi cochino traidor de amigo.

—Ni fui amigo ni soy traidor, Arbuckle. ¿Sabía yo acaso dónde llevar el coche con la carga?

—Dudley Craig te ofreció repetidamente la huida. No aceptaste. Querías salir solo, y recoger el botín.

Con una toalla empapada, desaparecieron de la cara de Ray Moran todos los componentes de su caracterización sudamericana.

Los cuatro pistoleros vigilaban cuidadosamente. Recordaban la escapatoria del camión...

—Bien, Moran. Tenemos prisa. ¿Dónde están los tres sacos?

Clara Barkington intervino:

—Hubo algo extraño, Johnny. Este agente sacó esposado a Moran, pero luego lo dejó en el coche, libre de manos...

—¿Ah, sí? Vaya... ¿Os pusisteis de acuerdo los dos? Es extraño. Sé que eres agente, porque tus pasos no eran los de uno que va al sitio dónde está su amigo, sino del polizonte que busca una pista.

Miró Arbuckle sobre una mesa, lo que habían sacado de los bolsillos de ambos prisioneros. Las armas, cartera... Leyó el carnet de identidad de Jack Bronson.

—Entonces, si lo detienes primero, y luego le liberaste las manos, no cabe duda que pensabas ir al cincuenta por cien. ¿Dónde están los tres

sacos, Moran?

Los dedos de Moran, a sus espaldas, trataban en vano de aflojar los nudos de la cordezuela. Tampoco el entrenado agente, conseguía mayor resultado en sus intentos.

—Oye, Arbuckle... Mi parte...

—Te la daré, descuida. Debería matarte como a un perro, porque me traicionaste, pero te daré tus cincuenta mil. En cuanto a este agente, convendrá ver el modo de que desaparezca sin dejar rastro.

—¡No! —exclamó Moran—. Si os lo cargáis, no estando yo libre, me echarán la culpa. Espera...

—Puedo esperar. ¿No lo he hecho durante veintiún años?

—Si tienes un mapa de la ribera Sur del Michigan, yo te indicaré con exactitud el sitio, en un desfiladero donde dejé los tres sacos. No tiene pérdida.

—¿Y por qué no fuiste a sacarlos?

—Porque dejaba pasar tiempo. Me buscaban.

—¿A qué fuiste a la casa donde te cogieron?

—Era un antiguo amigo mío, e iba a pedirle alojamiento, pero me lo negó, y apareció este poli...

—¿Por qué le soltó las manos?

—Le convencí de que podíamos ir a medias.

Regresaba Clara Barkington con un voluminoso tomo de enciclopedia. Abrió, y sobre la mesa, Johnny Arbuckle fue ojeando.

Desdobló el mapa a gran escala de las cuatro riberas del Michigan.

—Levántale, Moran, y aquí no hagas gracias con pies ni manos. Te llevarías una paliza odiosa.

Hay Moran se aproximó, y sonriente dijo:

—Con los manos atadas, mal podré señalarte el sitio.

—No te hacen falta dedos sino lengua, que te sobra. ¿Al Este, al Oeste? ¿En estas dunas? ¿En esta promontorio?

—Siguiendo la carretera que en este plano dice Oassyriver, en ese trazo gris que simula rocas, hay un desfiladero. Metí el coche dentro, y a mano derecha, entrando por la playa, descargué los tres sacos, colocándolos bajo rama y piedras, junio a un tronco grueso. No tiene pérdida. Era la primera grieta que a mano derecha había, entre dos peñascos.

—Johnny Arbuckle marcó con un lápiz el sitio reseñado. Miró a dos de sus pistoleros, los que estaban al respaldo.

—Id allá al momento. Creo que no miente, ya que por aquí fue donde después metió el coche en el agua, y solo tuvo este instante para poder detener el coche. Id y tú con ellos, Clara... ¡Un momento!

Los dos pistoleros que iban ya hacia la puerta, se detuvieron, al igual que Clara Barkington.

Johnny Arbuckle rió sin ninguna alegría.

Se hizo palpable en el ambiente de la habitación, una atmósfera de

mutua desconfianza. Ray Moran había vuelto a sentarse al lado de Jack Bronson.

—Iré yo. Y tú conmigo, Jerry. En dos horas estaré de vuelta. Vigila bien a estos dos, porque son peligrosos. Y tú, Clara, cuidado...

—No hay posibilidad, porque si intentan algo, serán suicidas. Vete tranquilo, Johnny.

Johnny Arbuckle salió, acompañado por uno de los pistoleros. Los otros tres se acomodaron en sillas a cierta distancia estratégica.

Ray Moran pidió:

—Un cigarrillo, Clara.

—¿De qué me conoces tú? —sonrió ella, felina.

—De siempre. He conocido montañas de nenas como tú. Pero eran más listas... Sí, en aquella época éramos más tunantes. Estos tres muchachos son de la nueva generación, y no ven más allá de sus narices. Igual te pasa, nena.

A cinco pasos de distancia ella encendió un cigarrillo, y con una automática en la zurda, alargó el brazo, acercándose, y colocó el pitillo encendido entre los labios de Moran.

Jack Bronson aguardaba los acontecimientos, probando de librar las manos de sus ligaduras.

Los tres pistoleros de la «nueva generación» fingían indiferencia, pero no podían impedir sentirse, en el fondo, algo inquietos, ante la tranquilidad del «*gangsters*» de 1930, la época dura y dorada del pistolismo.

—Vosotros tres aquí con la nena, esperando... ¿Esperando qué, angelitos? Cuando vuelva Johnny no habrá encontrado nada. ¿Será tan tonto como para daros parte de lo que es suyo y mío? Yo me he conformado ya, porque a la fuerza ahorcan. Pero... será gracioso. Johnny volverá, muy furioso. No habrá encontrado nada, porque Jerry y él, tendrán ya a buen recaudo los tres sacos. Ya leí que había sido hallado el cadáver del abogado Dudley Craig. Sí... un medio de quitarse testigos indiscretos, pero también de tocar a más.

Uno de los pistoleros, gruñó:

—Si piensas meternos desconfianza, vas equivocado, Moran. No puede engañarnos Johnny.

—¿Por qué? ¿Os va a regalar miles de discos de oro, por vuestra bonita cara, o porque es un filántropo?

—No puede traicionarnos. Nos prometió parte en este asunto. Y además, sabemos demasiadas cosas...

—No seáis necios —intervino Clara Barkington. —Ray Moran es gato viejo, y trata de sacar partido.

—Como queráis, compinches —replicó Moran encogiéndose de hombros, con indiferencia. —Yo ya estoy condenado. ¿Creéis que me tragué la mentira de Johnny, de que me daría mi parte? Al regreso me matará.

—¿Si lo sabías, por qué le dijiste dónde estaba el alijo, eh, tunante? Te lo sabes todo, y le dices...

—Si no se lo digo, antes de matarme me habría hecho pasar un mal rato, ¿no? Escucha, bebé... Hace ya mucho tiempo que me tiene sin cuidado vivir o morir. Lo que sí debéis saber, es que por mi muerte nada os pasará. Pero si cae este poli... ¡vais listos! Tendréis al «F.B.I.», en peso sobre los lomos, vayáis donde vayáis.

Moran cerró los ojos, y siguió fumando. Los tres pistoleros le acechaban. Clara Barkington fingía leer una revista...

Jack Bronson parecía dormir, reclinada la nuca contra el respaldo. Se oyó en el silencio, la risa de Ray Moran... Un brote primero suave, que después fue en crescendo...

Uno de los pistoleros, masculló:

—Se está contando un chiste que no había oído aún.

—Casi, hermano —dijo Moran, entrecerrados los párpados—. Johnny y Jerry compañía limitada, al reparto de dos millones trescientos mil en dólares, que hoy, en su peso de oro, valdrán cerca de los diez. Y vosotros aquí, mirándome con cariño. Es enterecedor.

—¡Me dan ganas de... romperte la boca, Moran —gritó uno de los pistoleros, poniéndose en pie y avanzando con rapidez.

Cuando estaba delante, en alto un puño, se encogió, doblándose hacia el suelo, gimiendo... En el suelo, llevó la diestra a su pistola, blasfemando.

En su muñeca se posó una mano, y otro pistolero dijo:

—A tú sitio, Melvyn. Te buscaste el patadón.

El llamado Melvyn encogido de dolor, fue llevado casi a rastras a su sillón. El que había detenido su impulso homicida, advirtió a Ray:

—Me llamo Wallace, y si notas en tu frente un botón de fuego, sabrás que es Wallace quien ha disparado, Moran.

—No hace falta, Wallace. La cosa es sencilla. No me gusta la idea de morir, porque aún estoy de muy buen ver. En cambio, nosotros podríamos tocar a un par de millones por barba.

—¡Éste nos quiere engañar a todos!

Clara Barkington chilló:

—Déjale hablar, Clara... —apaciguó Wallace—. Con no hacerle caso, asunto terminado.

—Eso es. Imaginad que Johnny y Jerry se despellejan las manos haciendo excavaciones, y no encuentran nada. ¿Íbamos el agente y yo hacía el Michigan? No. Íbamos por la carretera al Norte, hacia la frontera del Canadá. Íbamos los dos a recoger... pero podríamos repartir entre todos. Un par de millones cada uno, la frontera y adiós... Hoy, los negocios dan poco de sí.

Jack Bronson escuchaba con cierta admiración. No creía en ningún resultado positivo, pero era innegable que Ray Moran tenía una elocuencia apta para sembrar dudas.

—Hay mucha policía repartida por los Estados. Ya no se dan golpes buenos. Y aquí tenéis uno magnífico. Basta, con que nos metáis a los dos en un coche...

—Y nos llevas a la policía —gruñó Wallace.

—Sí, hombre. Como que la policía y yo somos carne y uña.

—No seas necio, Wallace —reprochó Clara Barkington.

—Tú cállate —le atajó con violencia, Wallace.

Los otros dos parecían absortos en pensamientos difíciles.

—Supón que nos llevas a dar vueltas, en espera de ocasión para escapar. Supón que regresa Johnny y no nos encuentra...

—Yo no supongo nada, Wallace. Lo que sí está fuera de toda duda, es que de los diez millones que vale hoy el alijo, no será Johnny tan filántropo como para daros ni un millar. A él nunca le diré el verdadero sitio a donde transporté los sacos, por una razón muy sencilla. Él nos mandó a la muerte a Harding y otros cinco muchachos. ¿Y él que hacía mientras había tiros, y uno tras otro caían los muchachos? Acariciar a cualquier nena del tipo de esta...

—¡Quieta, Clara! —. Y Wallace cogió por un brazo a la que se disponía a dar un rodeo para golpear con la culata a Moran—. En eso tiene razón el tunante.

—Como la tengo al decir que ninguno de vosotros tiene interés en matarme, una vez que en la frontera repartamos a dos millones por barba. Dadle parte también a la nena. Me lleváis atado. No hay peligro. Si al llegar a la frontera, os vengo con cuentos... apretad el gatillo duro, muchachos. Lo que sé es que me tendréis que matar a palizas, y no soplaré una palabra, si es para que se aproveche Johnny. La verdad es esa: Vendo mi piel, que la tengo perdida. Y prefiero vivir con dos millones, a morir en manos de Johnny, para que él se lleve toda la pasta.

Wallace hizo algo inesperado. Su diestra chocó contra el cuello de Clara Barkington, que estaba a su lado. Repitió el golpe, y al caer ella, le quitó la pistola.

—La llevaremos al garaje. Si Moran nos engaña, diremos a Johnny que ella quiso matar a Moran, y no podía ser hasta comprobar si había hablado de verdad. ¿Venís conmigo, vosotros?

Los otros dos se miraron entre sí. Uno dijo:

—Es arriesgado, Wallace.

—Yo creo que hay un setenta por cien de probabilidades de que hable de veras ahora —opinó Wallace.

El tercero, el que había recibido el patadón de Moran, amartillando su pistola, gruñó:

—Yo no me acabo de fiar de éste.

—Con tu pistola me miras mal, Melvyn — replicó Moran—. Estamos bien seguros el federal y yo.

Wallace señaló en el suelo a la mujer, y el otro pistolero se inclinó para

cogerla de una mano, colocar su hombro bajo el sobaco de ella, y auparla, llevándosela por las escaleras abajo.

Wallace dijo con decisión:

—Vamos allá, Melvyn. Tú y yo atrás con ellos dos, y Basehart al volante. Escucha, Moran...

—Vamos allá, Wallace— interrumpió Moran—. Te prometo que yo no hago deslealtades a los que son de mi calaña.

—Es que el agente sobra.

—Y si te lo cargas no podrás disfrutar de los dos millones en ningún lugar del mundo, porque el «F.B.I.», en peso te acosará hasta llevarte a la silla eléctrica. Además, con el federal tengo el mismo pacto que con vosotros. A repartir.

En el coche, Wallace desdobló los estrapontines, señalándolos a los dos prisioneros, cuyas manos atadas aseguró en el remate final de las varillas, cuando se sentaron.

Se colocó con Melvyn detrás de ellos, y en el volante, el llamado Basehart preguntó:

—¿Hacia dónde, Wallace?

Wallace tocó en un hombro a Moran:

—Tú guías, Moran.

—Pisa el acelerador por la ruta más corta para llegar a Toledo.

El coche abandonó el garaje. Melvyn, al lado de Wallace, habló en voz baja:

—Puede reconocerle por el camino algún motorista del tráfico. Y el federal puede gritar, al pasar por los puestos de vigilancia de carreteras.

—Tiene razón Melvyn — intervino Moran— El presidio afina el oído. Nos llevas demasiado visibles, Wally.

—¿Qué harías tú, veterano?

—Depende. ¿Estáis fichados?

—No.

—Entonces, con tranquilidad, recordaría que como buscan a Ray Moran no conviene llevarle tan a la vista, después de haberle fregado el rostro postizo que se compuso para poder andar por las calles, de vez en cuando. Sentados en el suelo iremos más cómodos, y como la noche está fresca, si detienen el coche no tendrá nada, de particular que tengáis los dos la manta echada sobre las piernas. Y además tendréis la prueba de que el federal va a partir en el alijo, porque callará.

Poco después doblados los dos estrapontines, sentábanse de frente los dos prisioneros, en el suelo de la ancha caja posterior.

Comentó Wallace:

—Todavía no sé si el federal es mudo o discreto.

Jack Bronson replicó:

—Nada tengo que decir. Estoy de acuerdo en todo con Moran, y puesto que él trata de ponerse de acuerdo con vosotros mi misión es callar y

esperar.

—Magnífico—. Y Wallace empezaba a sentirse confiado—. Pero os advierto que si hubiera trampa, no intentaréis una segunda.

El trayecto era largo. Toledo, la ciudad al norte de Ohio, junto al estrecho paso entre los lagos Erie y Michigan, tenía un puente-frontera con Canadá.

Cuando se divisaba el cruce de carreteras que conducía a Toledo, parecían dormitar todos menos el que conducía.

Por dos veces el coche había sido detenido. Wallace y Melvyn, con las mantas sobre los muslos, ocultos bajo ella los dos prisioneros, mostraron su documentación.

—Debes tomar el sendero entre Toledo y Sanduski —advirtió Moran.

El chofer, Basehart, murmuró:

—Conoces bien este terreno, Moran.

—Desde niño, en que jugué mucho por el Erie. Me destinaban mis viejos a ser carbonero, pero ensucia mucho.

Rió Wallace. Estaban ya en la cuenca carbonífera, y muchas chimeneas de altos hornos jalonaban el paisaje.

El sendero ascendía en curvas pronunciadas, por entre bosque y altos árboles. Veíanse las típicas chozas de los leñadores. El aire era frío y cortante.

El pueblo de Sanduski distaba tres millas, cuando comentó Moran:

—En Sanduski, hay patrullas de la Policía Montada. No podremos pasar con el coche. El mejor camino es a pie, por un atajo lateral.

—¿Está muy lejos tu alijo, Moran?

—Apenas a media milla de la frontera, al oeste de Sanduski. Elegí el sitio, porque conseguía dos ventajas: un lugar apto para esconder si se quiere un camión, y la proximidad de la frontera.

Descendía ahora el sendero, y Wallace, al ver las luces de Sanduski apenas a una milla de distancia, ordenó:

—Mete el coche por dónde puedas a un lado, Basehart.

Cuando el coche quedó casi empotrado en vegetación a un lado del sendero, bajaron los cinco hombres.

Moran y Bronson llevaban las manos atadas a la espalda. Tras ellos, se colocaron los tres pistoleros. Dijo Wallace:

—Echa a andar directo hacia el alijo, Moran. Y no intentes escapar, porque os daremos caza...

En la noche, los altos árboles daban sombras fantasmagóricas, mientras Moran, teniendo a su lado a Bronson, caminaba con fácil paso de hombre que conoce bien el terreno que pisa.

Al cegar a un peñascal contorneándolo, avisó:

—Hay que echarse a tierra, si se oyen pasos, Wally. Por aquí suele rondar la patrulla de la Montada. Pero van a caballo, y se les ve desde lejos.

Caminaron cerca de media hora, y de pronto preguntó, Moran:

—¿Tienes linterna, Wally?

—Yo llevo una —contestó Melvyn.

—¡Allí! En aquel grupo de cuevas, Wally.

Al fondo del claro en que estaban, se alzaba un peñascal gris, con numerosos orificios. Había una hondura, paso natural hacia las cuevas, y una escalera tosca tallada en la piedra, daba acceso a la oscuridad mayor.

—Vamos —dijo nerviosamente, Wallace.

Ray Moran tocó levemente con el codo por dos veces a su compañero, y ambos caminaron con rapidez. Susurró Moran:

—Siempre tocándome, Jack.

Los tres pistoleros casi corrieron para darles alcance. Ray Moran bromeó:

—Si caigo hacia atrás, recogedme con cariño. Pero subir con las manos atadas, es difícil.

—Cosas más difíciles has hecho, Moran. Andando— conminó Wallace.

En los peldaños de la roca fue afianzando Moran los pies, y a su lado Bronson trataba de no perder el equilibrio.

Llegaron por fin, a la cima al mismo tiempo que Melvyn. Y fue entonces cuando en la entrada de la cueva, Ray Moran empujó con todas sus fuerzas, de costado, al «*gangsters*».

Melvyn se abatió hacia abajo, gritando. Sonaron las imprecaciones de Wallace y Basehart, que coronaban ya la escalada.

No vieron nada, sino un gran orificio oscuro, y Wallace proyectó la luz de su linterna.

Ray Moran y Jack Bronson corrían codo contra codo. De vez en cuando, tropezaban con una pared lisa. Moran explicaba:

—Son las cuevas del Mamuth. Las conozco casi como mi bolsillo, porque jugué mucho por ellas, cuando niño, y también cuando mozo. Forman un laberinto para quien no las conoce. Ya basta, Jack... No es preciso correr más...

La oscuridad era tan densa, que parecía que alguien presionaba con los pulgares sobre los párpados del agente.

—El foco de la linterna, si nos buscan, nos orientará hacia el sitio contrario.

—¿Qué se propone usted?

—Melvyn lleva ya lo suyo. Los otros dos, van a extraviarse por aquí dentro, y tendrán que pasar el tiempo hasta que amanezca, y alguna rendija de luz les oriente. Y tienen la frontera al lado. Huirán.

Se divisaba lejano un pequeño resplandor. La linterna...

Ray Moran gritó, y su voz, amplificadas enormemente por el recinto abovedado, resonó con estruendo:

—¡Nos vamos a perder, Wally!

La luz de la linterna se fue aproximando al lugar donde Moran repetía:

—¡Wally!

Cuando la luz de la linterna barría el sitio donde poco antes estaban los dos maniatados, Ray Moran y el agente, se deslizaban hacia un lado.

Ray Moran, entre dientes, iba contando los pasos, tocando de codo una pared con ásperos salientes.

Y llegaron a una oquedad de salida, donde el suelo solo distaba menos de dos metros. Saltó Moran, seguido por Bronson.

Corrió hacia donde Melvyn yacía en el suelo, de espaldas, conmocionado.

Se arrodilló Moran, que contorsionándose, logró aplicar sus dedos en un bolsillo, que vació, hasta que en el otro, encontró lo que buscaba. Un cortaplumas.

A su lado, Bronson aguardó.

—Pueden asomar los otros. Vámonos, Jack.

Más allá, entre árboles, la hoja abierta del cuchillo fue segando las ligaduras. Pasaba el tiempo con intensa lentitud...

Por fin, libres las manos, Bronson cogió el cuchillo para liberar a Moran. Y dijo:

—Es mi obligación detener a estos tres.

—Déjalos. No son más que morralla. Cuando amanezca si encuentran las salidas, visitarán el Canadá. Espero que encuentren las salidas aunque hay quien se ha muerto de hambre y sed allí dentro. Pero al despertar, Melvyn les orientará, salvo si teme que le han dejado a solas. Mala vida esta, en la que nadie puede confiar en nadie. Vamos al coche, Jack.

—Aquella es la frontera, señor —indicó el agente, ceñudo.

—He reflexionado por el camino, Jack. Volveré a la cárcel. Tú me has capturado, y no quiero ser más una fiera acosada.

En silencio, Jack Bronson siguió a Moran que poco después, gracias a haber residido quince años en Sanduski, conocía los contornos como cualquier policía de la Real Canadiense.

Ante el coche, manifestó Moran, casi infantilmente:

—Me gustaría conducirlo.

Se sentó al volante, pero había numerosos cambios en la estructura de un coche, desde el año 30. Se apartó, diciendo:

—Guía tú, Jack. Ya ves... No sirvo ni para llevar un coche.

Cuando el coche iba sendero arriba hacia el cruce, dijo Bronson:

—En el primer puesto, telefonaré para que detengan a Johnny Arbuckle, Jerry y Clara. Después... ¿Qué hago con usted, señor?

—Ya te lo explicaré.

Johnny Arbuckle y Jerry entraron con furia contenida... Al ver la sala vacía, Arbuckle exclamó:

—¡Moran ha engañado a...! ¡Hay que hacer algo pronto, Jerry!

—No sabemos ni dónde ir, jefe.

Johnny Arbuckle jugaba con los objetos puestos sobre la mesa, mientras su cerebro trabajaba activamente.

De pronto dijo:

—Curioso...

Y su voz tenía entonación triunfal. Estaba leyendo la declaración firmada por Alan Beresford.

—¡A Cincinatti, Jerry! Tenemos negocios urgentes con Beresford, el magnate. Nos pondremos en contacto con él por teléfono, para que se entreviste conmigo a medio camino.

Desde la ciudad de Tulcoa, a las tres de la madrugada, llamó Johnny Arbuckle por teléfono.

Solicitó hablar personal y urgentemente con Alan Beresford, quien poco después, daba sus nombres al teléfono.

—Se trata de cierto documento escrito, Beresford. Está en mi poder. Vale mucho dinero. Podemos encontrarnos, a las cuatro en punto, en Simpson. Venga solo, si quiere recuperar el documento.

—¿Quién es usted?

—Johnny Arbuckle. Tuve la suerte de encontrar a los dos, y el documento. A buen precio, Beresford. A las cuatro en Simpson.

A las cuatro en punto, Alan Beresford conduciendo personalmente, se detenía, porque de un coche arrimado a un lado una mano le hacía señas.

Era la entrada de la ciudad. No había nadie. Descendió Beresford.

Al volante permaneció Jerry.

Arbuckle dijo:

—Buenas noches, Beresford. Usted y yo somos hombres de negocios. Yo tenía una cuenta pendiente con Moran, y le tenía vigilado. Cayó con el agente en mi poder. Le encontré el documento al agente...

Con temblor en los labios tumefactos, inquirió Beresford:

—¿Qué ha sido del agente... y de Moran?

—Muertos. Solo usted y yo sabemos... lo que es preferible que todo el mundo ignore.

Inmensamente aliviado, Alan Beresford respiró Preguntó:

—¿Cuánto, Arbuckle?

—El valor del oro ha triplicado, Beresford. Me contentaré con cinco millones, en libranzas de participación en sus negocios, y tres en cheques, con apariencia de compra de ciertas propiedades mías.

—Quisiera ver... el documento.

Acodado a la ventanilla, Arbuckle mostró abierto el papel, que aproximó al rostro del multimillonario. Lo quitó cuando la mano de Beresford se aproximaba...

—Es mucho dinero, Arbuckle. Mi fortuna...

—Mía, amigo. Yo fui el que planeó todo, y Moran me dejó sin mi dinero.

—Vamos a mi casa. Llegaremos a un acuerdo definitivo, cuando tenga la certeza de que el agente y Moran... no existen ya.

—Hago las cosas bien. Tardarán en encontrarlos, Beresford, y no está

usted en condiciones de imponer. Iremos a su despacho, y a cambio de unas cuantas firmas en diez cheques, y en libranzas, le entregaré este papel, que en poder del «F.B.I.» le valdría muchos años de cárcel, y está usted viejo, Beresford. No aguantaría como Moran...

* * *

Ray Moran, cuando el coche, a las seis de la madrugada, entraba en Decatur, dijo:

—Todo termina bien, Jack.

El «F.B.I.», alertado, había ya rodeado la casa de Alan Beresford, cogiendo en ella a Johnny Arbuckle y Jerry, así como al financiero.

En el garaje había sido hallada Clara Barkington. En la comisaría central, dos agentes amanillaron a Ray Moran, que antes de atravesar el umbral enrejado, se despidió:

—Suerte, poli, y que llegues pronto a general.

Jack Bronson ante el comisario, explicó:

—El oro que escondió Moran lo recogió Alan Beresford, que tenía que entregarlo al hijo de Moran.

—¿El hijo de Moran? No estaba casado.

—Johnny Arbuckle era el que en 1930 planeó el golpe de los aceros de Gary, y hoy nos envió a sus pistoleros para cogernos a Moran y a mí. Lo consiguieron, pero después, gracias a Moran, junto a la frontera canadiense, logramos escapar.

—¿Y... libre Moran...?

—Lo estuvo desde un principio, señor. No quiso huir. Dice que está cansado de ser una fiera acosada. Él quiso desenmascarar a Alan Beresford. Y lo ha logrado.

—Su tío...

—Es más culpable que Moran, porque cuando recibió la carta que le escribió Moran, debió entregar la carta a la policía, y al ser leída, y encontrado el dinero, Moran no habría cumplido ni diez años de cárcel.

—Casi parece como si Moran le hubiese ayudado, Jack.

—Sin él, estaría muerto, señor. Sin él, seguiría Beresford, blasonando de honorable financiero. Sin él, el estado no recuperaría el dinero. En realidad, Ray Moran, señor, se ha entregado.

El comisario dilató los ojos, y susurró:

—No... No es posible...

—Lo es, señor. Soy el hijo de Ray Moran. ¿Puedo retirarme?

—Debió... debió ser difícil para usted cumplir con su deber, Jack, cuando Moran le dijo que era usted su hijo.

—Él no me lo dijo. Disimuló sin saber que yo había oído toda la conversación privada que sostuvo con Alan Beresford. Ray Moran se entregó, porque está cansado de ser una fiera acosada.

—En mi informe, haré constar que Moran se entregó. Que huyó para desenmascarar al verdadero culpable...

—Gracias, señor.

Alicia Beresford acogió a su hijo con inquietud.

—¿Te ha sucedido algo?

—Nada de particular, madre. Estuve paseando por muchos sitios. Una larga excursión. Detuve a Ray Moran.

Ella temblando, depositó sobre la mesa la cafetera, cuyo contenido estaba vertiendo en una taza.

—Y Ray Moran, madre, es un desgraciado que solo quiso a una mujer.

—¡Jack! ¿Sabes que... sabes que Ray Moran?

—Tengo sueño, madre. Lo que sé es que Ray Moran necesita un hogar. Y... congeniamos. Puedo... afirmar que si estoy vivo, es gracias a él... por segunda vez.

* * *

Ray Moran miró con extrañeza al comisario del «F.B.I.», que acababa de entrar en su celda.

—Alan Beresford sacará cuando menos quince años de presidio.

—Eso me consuela, jefe —sonrió Moran—. A mí solo me faltan por cumplir nueve y el reenganche por fuga.

—Creo que se beneficiará de varios indultos, Moran. El agente Bronson ha declarado que gracias a usted, ha sido posible...

—Un buen chico, ¿verdad?

—Tiene usted una visita, Moran.

—No las quiero, jefe. Déjenme tranquilo. ¿O es que ni en la cárcel va uno a estar tranquilo?

—Se llama Alicia Beresford.

Salió el comisario, dejando a un hombre que, oculta la faz entre las manos, revivía veintiún años de pensamientos idénticos: recordar la dulzura y bondad de una mujer llamada Alicia.

Cuando ella entró, Ray Moran sonreía cínicamente. Dijo:

—Hola, encanto. Mala curiosidad femenina ésta. ¿Ya me estás viendo, no? Pues tanto gusto, y déjame en paz.

—También quisiste engañar a tu propio hijo, y no lo lograste, Ray Moran. Hace veintitrés años que no nos vemos... Parece que fue ayer...

Convulsivamente, Ray Moran volvió a cubrirse el rostro, y por entre sus dedos, murmuró:

—Gracias, Alicia. Pero yo no merezco siquiera que me mires.

—Trataré de irme acostumbrando a ello —replicó, con voz temblorosa, ella—. Creo que van a indultarte, Ray. Y creo... que Jack... supone que necesitas un hogar.

Cinco días después la Prensa anunciaba las condenas de Johnny Arbuckle y Alan Beresford, respectivamente de veinte y doce años.

Y Jack Bronson veía entrar con andar vacilante a un individuo que miraba con ojos de embeleso las paredes, los muebles...

—Hola, señor Moran —murmuró, roncamente, el agente.

—Hola hijo —contestó con naturalidad, el expresidiario—. Tu madre dice que si te empeñas, puedes enseñarme a conducir. Fui alguien conduciendo, y tal vez algún camión... Bueno, el caso es que hay que trabajar, ¿no, hijo?

—Eso creo señor.

—Puedes llamarme Ray. Me gusta más.

—Bien Ray. ¿Una taza de café?

—Gloria pura. Y te lo debo, hijo.

—Con aportar cien dólares mensuales, bien ganados, en paz, Ray. Mi comisario ha encontrado un trabajo ideal para usted.

—¿Qué es, Jack?

—En una tienda... Usted vigilará a los cacos profesionales. Cien dólares mensuales para empezar, hasta que encuentre algo mejor.

Alicia Beresford Bronson al firmar el acta matrimonial como Alicia Moran, dio por muy compensados sus veintitrés años de espera.

La fiera acosada era ya un hombre normal, ansioso de demostrar que un tormentoso pasado es la mejor garantía de un porvenir tranquilo.

* * *

Mildred Pierce, en el parque, comiendo cacahuètes, murmuró:

—Estamos sin trabajo, Dan. ¿Te has dado cuenta?

—Hace ya días, pavita. ¿Qué piensas hacer?

—Emplearme de doncella, tan pronto... seas tú chofer.

—Gracias. Seguiremos buscando.

Faltaban menos de cinco meses, y Dan Barley tenía en el bolsillo ochenta y siete dólares.

Seguían en juego tres millones... Sonrió.

—Tengo que ganar cincuenta mil dólares antes de cinco meses,

Mildred.

Ella con sencillez, replicó:

—No seas tan ambicioso, Dan. La riqueza nunca da la felicidad. Mira, si no, el caso del señor Beresford. ¿Para qué quieres tanto dinero?

—Para casarme contigo.

Ella rió pero con un parpadeo elocuente:

—Con mucho menos, Dan, y buena administración... Mira, lo primero que debemos hacer es encontrar los dos empleo en el mismo sitio. Está difícil, pero lo encontraremos.

—De acuerdo. Y oye... ¿me... aceptas por novio?

—Aún es pronto, Dan. Tenemos que conocernos más. Yo te aprecio, ¿sabes? Y creo... pero es pronto, ¿sabes?

Él la besó. No quería pensar que faltaban menos de cinco meses, para ganar una difícil apuesta... Una apuesta que ignoraba iba a convertirse en trágica.

FIN

Colección **SERVICIO SECRETO**

Últimos títulos publicados

- 49 — Una pista difícil. *Jack Grey.*
- 50 — Oscuro dominio. *Tony Wanton.*
- 51 — ¡Sabotaje! *Kent Miller.*
- 52 — La muerte lenta. *Peter Debry.*
- 53 — Operación «La Negra». *Fred Gorham.*
- 54 — Plátillos volantes. *Peter Debry.*
- 55 — Bautismo de fuego. *Kent Miller.*
- 56 — Aviones sin rumbo. *Peter Debry.*
- 57 — Un loco en la sombra. *A. Rolcest.*
- 58 — El encapuchado gris. *Jack Grey.*
- 59 — La tela de araña. *Kent Miller.*
- 60 — La operación «greif». *A. Rolcest.*
- 61 — Sabotaje en Persia. *Jhon L. Martin.*
- 62 — Secuestros en Nueva York. *Fred Gorham.*
- 63 — La maraña sangrienta. *Jack Grey.*
- 64 — El vampiro de Brooklyn. *Peter Debry.*
- 65 — Tráfico criminal. *Kent Miller.*
- 66 — Cadáveres ambulantes. *Peter Debry.*
- 67 — Tanques para Tobruck. *Ernie Parker.*
- 68 — Remitente, Los Angeles. *J. Dixon.*
- 69 — Gongo Kong. *Peter Debry.*
- 70 — Chantaje trágico. *Jack Grey.*
- 71 — Los tiburones del «Tritón». *Peter Debry.*
- 72 — Acción en Oriente. *Kent Miller.*
- 73 — Balas perdidas. *Peter Debry.*
- 74 — Muerte en los rostros. *A. Rolcest.*
- 75 — Acorralado. *Tony Wanton.*
- 76 — La muerte en cada minuto. *Al Masson.*
- 77 — Tobillos de oro. *Peter Debry.*

- 78 — Guerra en la jungla. *Jack Grey*.
79 — Crucigramas sangrientos. *Fred Gorahn*.
80 — Los muertos no mienten. *Peter Debry*.
81 — Orden de invasión. *A. Rolcest*.
82 — La vida empieza mañana. *Rex Preston*.
83 — Naipes siniestros. *Peter Debry*.
84 — El F. B. I. en la cárcel. *Jack Grey*.
85 — Cita con la muerte. *Mark Halloran*.
86 — Suez. *Tony Wanton*.
87 — K. O. *Fred Gorhan*.
88 — Tres en el cielo. *Tony Wanton*.
89 — Ruta salvaje. *Peter Debry*.
90 — Un capitán de comandos. *F. P. Duke*.
91 — La ley del machete. *Peter Debry*.
92 — Stanley, el simple. *Jack Grey*.
93 — Calavera de plata. *Peter Debry*.
94 — Doble triunfo. *E. P. Duke*.
95 — Horas trágicas. *Peter Debry*.
96 — El fantasma asesino. *Jack Grey*.
97 — La dama de los nenúfares. *Peter Debry*.
98 — Convicto de trición. *Red Hartdian*.
99 — El secreto de Daniel Hardy. *Francis Rod*.



Poco antes de que las fuerzas soviéticas penetrasen en el centro de Berlín, un capitán inglés y un soldado alemán que había sido su carcelero concluyeron un extraño pacto...

...que había de llevar al británico, en compañía de una bellísima y desconocida mujer, a la más desesperada aventura entre las ruinas de la capital, donde se estaba librando la última gran batalla de la guerra.

Aquel ..

PACTO ENTRE LLAMAS

condujo al capitán y su linda acompañante a una trágica situación que

A . R O L C E S T

el famoso novelista, describe con inimitables trazos de emoción en su última novela

PACTO ENTRE LLAMAS

La gran **COLECCION SERVICIO SECRETO**

Tendrá el honor de publicarla en su próximo número. ¡Adquiérala usted sin tardanza!

Últimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



**COLECCION
PIMPINELA**

- Núm. 296 - Concepción Madina
 ■ **ALMAS QUE SE ENCUENTRAN**
 Núm. 297 - Dolores Aracil
 ■ **ESTA MUJER NO ES LA MIA**
 Núm. 298 - M. Nieves Grijales
 ○ **GINO MACCENTI**
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
ROSAURA**

- Núm. 136 - Pilar G. Ruiz
 ■ **AQUEL ODIADO TUTOR**
 Núm. 137 - Matilde Saldaña Chirina
 ■ **EL IMPOSTOR**
 Núm. 138 - M.ª Pilar Carabé
 ○ **EL ROMANCE DE UNA CENICIENTA**
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
BIDENTE**

- Núm. 237 - Raf. Segura
 ■ **EL RANCHO EMBRUJADO**
 Núm. 238 - Tex Taylor
 ■ **AVES DE RAPIÑA**
 Núm. 239 - Fidel Prada
 ○ **TIERRA PARA DESCANSAR**
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
SERVICIO SECRETO**

- Núm. 101 - Red Horland
 ■ **TRAFICO EN DIAMANTES**
 Núm. 102 - Peter DeBry
 ■ **LA FIERA ACOSADA**
 Núm. 103 - A. Bolcest
 ○ **PAQTO ENTRE LLAMAS**
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
MADREPERLA**

- Núm. 192 - Georgia Rann
 ■ **SEIS BESOS**
 Núm. 193 - Cormancku G. González
 ■ **TIRANIA**
 Núm. 194 - Corin Telado
 ○ **TU NO ERES NADIE**
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
AMAPOLA**

- Núm. 22 - L. Mesota
 ■ **DOS ALMAS DE MUJER**
 Núm. 23 - María José Soto
 ■ **LA NIETA DE LORD TRESNEVEN**
 Núm. 24 - Sol Candelas
 ○ **DEL ODO AL AMOR**
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
IRIS**

- Núm. 11 - Arno de Visconti
 ■ **LOS CABALLEROS DE ALABAMA**
 Núm. 12 - Arnaldo Visconti
 ■ **LA CIUDAD INEXPLORADA**
 Núm. 13 - Arno de Visconti
 ○ **MORGAN CONTRA IEZAMA**
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
AUTORES FAMOSOS**

- Núm. 39 - William MacLend Raine
 ■ **GANGSTERS DE LA PRADERA**
 Núm. 40 - Lynn Westland
 ■ **SANGRE EN LA HIERBA**
 Núm. 41 - Oscar J. Friend
 ○ **FRENTE A FRENTE**
 APARICIÓN BIMENSUAL. PRECIO 10 PTAS.

● Volúmenes recientemente aparecidos

○ Volúmenes de próxima aparición

Precio: 5 ptas.

